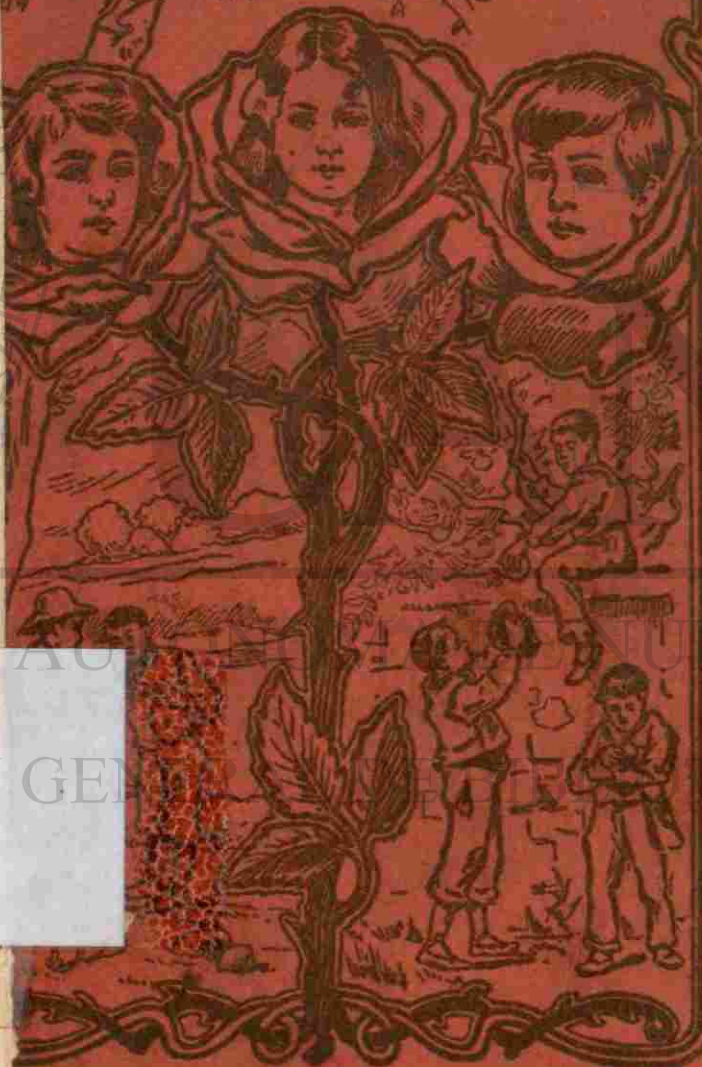


ANGELES Y DIABLOS



ADNA
NO

ADAC
29
CIÓN GEN

ALFONSO
PEREIRA

disablos
y
negreas

17
14
10662

~~_____~~



1080046922



86-3

P.N.

UANL



BIBLIOTECA PÚBLICA

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

110593®



FONDO BIBLIOTECA PÚBLICA
DEL ESTADO DE NUEVO LEÓN

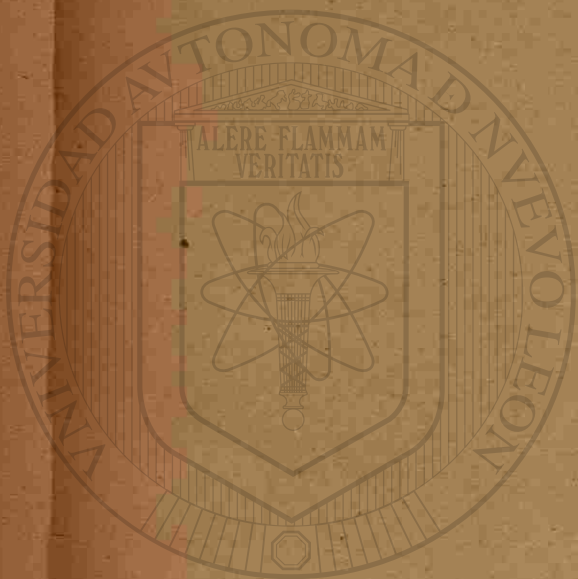
33071

Biblioteca Pública
BIBLIOTECA MODERNA

del Gobierno.
Abril 26 de 1948



Angeles y Diablos



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



AGENCIA ADICIONAL DE
BIBLIOTECAS DE NUEVO LEÓN

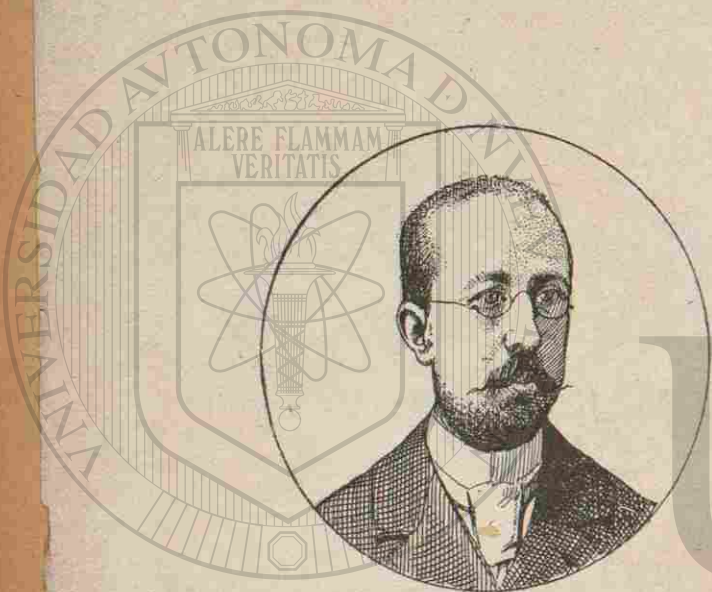
17988

Librería Central
Junco
Núm. Clas. N
Núm. Autor P438
Núm. Adg. 33071
Procedencia -5-
Precio _____
Fecha _____
Clasificó _____
Catalogó _____

*Biblioteca Cubber
delecta*
Alfonso Pérez Nieva

Ángeles y Diablos

Novelitas infantiles



Alfonso Pérez Nieva

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO NEYES"
CALLE DO. 1625 MONTERREY, MEXICO

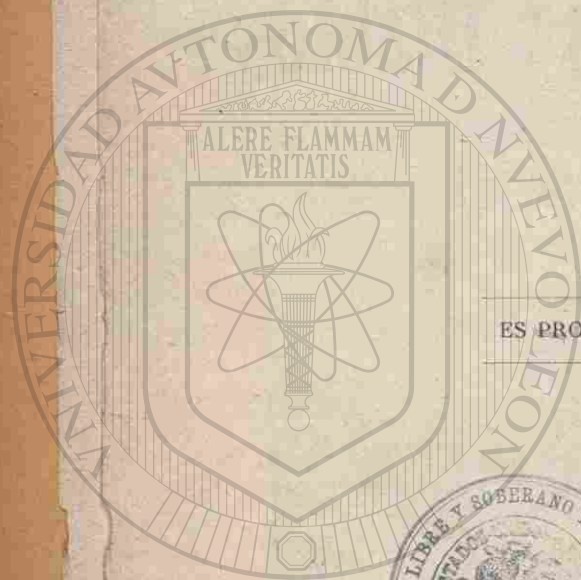
BARCELONA - 1904

ANTONIO J. BASTINOS - EDITOR

Calle Concejo de Ciento, 290

33071

196629
A.S.



ES PROPIEDAD DEL EDITOR



BIBLIOTECA PÚBLICA

DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS

Imp. Elzeviriana de Borrás y Mestres, Rambla Cataluña, 14



La tirria del Tribunal

A Mario Bretón

AL que sale mal es porque le da la gana, no seáis pazguatos. Yo me he examinado mil veces sin saber una jota, y siempre he salido bien del apuro. La cuestión es no callarse: cuando se ignora una respuesta, se inventa, se escurre uno á otra lección: todo menos cerrar el pico; porque ¡naturalmente! el tribunal no puede aprobar al que no despliega los labios. ¡Pero como charlés de firme, os respondo de que no saldréis nunca suspensos!... ¿Quién me da lumbre?

El estudiante más próximo le ofreció su cigarro, encendió Félix el suyo, escupió la poca saliva que después de su peroración le quedaba, y sacudiendo con la uña del

meñique de la mano izquierda la ceniza del pitillo, comenzó el rapazuelo á echar humo por la boca y narices, con la misma fachenda que un carabinero reenganchado. Hombreado ya, y aun no habian soltado el cascarón los muy mocosos, fumaban también los demás alumnos del corro; pero en sus rápidos ademanes se les conocía la impaciencia nerviosa que les devoraba. No se descubría en el pelotón ni una cara alegre, y todos los ojos se volvían á la puerta del aula, temiendo y deseando á la vez el momento en que las esfinges del tribunal les reclamasen. Sólo Félix permanecía reposado y tranquilo. Por fin, el bedel del Instituto asomó al extremo del claustro, se escurrió por entre los chicos, gritó con voz ronca: — ¡Los de geografía! — y con su llavin de cruz franqueó la entrada á la clase, en la que se precipitó la turba estudiantil con el rumor de una ola.

Graves, enfáticos, ceñudos, muy seriotos, enfrascado el secretario del tribunal en el montón de los libros de matrícula, repantigado en su asiento el presidente, atisbando á la concurrencia el tercer vocal á través de los gruesos cristales de sus anteojos, aguardaban los jueces á los alumnos

detrás de la mesa del suplicio, enhiesta sobre la clásica tarima separada del resto de la habitación por una airosa baranda de hierro. Sus grandes ventanas, abiertas al jardín del edificio, dejaban penetrar en la estancia una luz difusa y suave.

Atropellándose por coger buenos sitios, colocóse el aluvión de alumnos en la cuesta de bancos del aula, pidió el secretario las papeletas personales y comenzó el acto. Un granadero como de diez años, ruboroso y tímido, fué quien rompió marcha; más colorado que amapola de mayo, sacó las tres clásicas bolas y apenas si contestó balbuciendo á las tres preguntas que el tribunal le hizo. — ¡Este es de los tontos! — pensó para su capote Félix, al oír las cortas explicaderas del examinando. — ¡Milagrillo será que no le revienten! Examináronse luego cinco ó seis rapaces, y, al fin, el secretario del tribunal gritó con voz clara: — D. Félix Rodríguez.

Adelantóse el muchacho con pie seguro, subió las escalerillas del estrado, cogió á tientas las bolas en el verde saquito que las contenía, y, buscando en el programa la primera de las lecciones, dijo Félix á la vez que se sentaba en la banqueta de examinandos:

— «Cometas: su diferencia de los planetas: constitución, etcétera.» ¡Vaya una suerte atravesada! — murmuró el chico, sin saber por donde entrar en materia. — ¡Cometas! ¿Qué será eso?

El no conocía más cometas que las que echaba á volar en las tardes de novillos. ¡Cometas, cometas! ¡Ah, sí! ¡Ya se acordaba! ¡Cometas eran unos astros! Y fiel á sus propósitos, empezó el rapaz, como una taravilla, sin hacer otra cosa que glosar los epígrafes del programa:

— Los cometas son unos astros que se diferencian de los planetas en su constitución... en su constitución... y su constitución hace que se diferencien entre sí y separadamente, y...

El presidente atajó semejante charla y preguntó al muchacho:

— ¿Podría V. citarme algún cometa? Ya sabe usted que se caracterizan por tener cola.

Félix no respondió al pronto. ¡Cualquiera daba con el nombre que se le pedía! Lo que menos se había metido él nunca, era en averiguar si los cuerpos celestes se llamaban de algún modo. Pero lo de la cola le iluminó la mente: acordóse del nacimiento que en su casa ponían por

Navidad, y, sin pararse en pelillos, replicó el mocete:

— Sí, señor: la estrella de los Reyes Magos.

— Pase V. á otra lección, — siguió el presidente, impertérrito, aunque mirando con fijeza al alumno.

Félix volvió rápidamente las hojas del programa, llegó al punto buscado, y exclamó:

— «América: extensión: límites, etc.»

¡Gracias á Dios que le salía algo decente. ¡Ahora, ahora sí que iba á lucirse! ¡Cómo que su terreno era la geografía general! Pero ¡qué cosa tan rara! Pues ¡no se le había olvidado la lección de improviso! ¡Nada, que no se acordaba ni de media sílaba! ¡Si lo que le acontecía á él no le sucedía á nadie! ¡Ea! Su sistema: lo peor que podía hacer era coserse la boca. Y con grandísimo desparpajo comenzó:

— La América es una de las partes del mundo. Confina al Norte con el polo Norte, al Sur con el polo Sur, al Este con el polo Este y al Oeste con el polo Oeste. Está dividida en cuatro grandes regiones: los Estados Unidos del Norte, Estados Unidos del Sur, Estados Unidos del Este y Estados Unidos del Oeste; y los mares que la bañan

son el del Oeste, el del Este, el del Sur y el del Norte.

Detúvose el chico un instante para tomar aliento; y el presidente del tribunal, dudando entre soltar la risa ó incomodarse ante la colección de sandeces que el examinando soltaba, le preguntó de nuevo:

— Digame V.: ¿está V. seguro de que los polos son cuatro?

— Sí, señor, — replicó Félix. — Tantos como puntos cardinales.

— Perfectamente. Siga V. con América: sus ríos principales. ¿Serán también el del Norte, el del Sur...!

— No, señor, — interrumpió el muchacho. — Son el Colorado, el Azul y el Verde en el Norte; y el Plata, el Oro y el Cobre en el Sur. El Este y el Oeste no tienen ríos.

No necesitaba el tribunal seguir el examen para apreciar los conocimientos geográficos del niño. Pero, queriendo acaso medir su desvergüenza, dijole el presidente con irónica sonrisa:

— ¡Muy bien, muy bien! A ver: dos palabras de la tercera lección y queda V. despachado.

La tercera hola se refería á Rusia. Rece-

loso de la amabilidad de los jueces, buscó Félix en el programa los epígrafes oportunos. ¡Debía tenerlos anotados al margen con letra muy menudita trazada con lápiz! ¡Vana esperanza! ¡Ni un sólo apunte manchaba la blancura del papel en el sitio de la lección de Rusia! ¡Cómo había padecido distracción tan supina! ¡Demonio de olvido!

El presidente se adelantó esta vez al alumno y le interrogó con meliflúo tono:

— Veamos, Sr. Rodríguez: ¿dónde se halla Rusia?

— En Europa.

— Así es. Y ¿cual su capital?

Félix, vaciló un momento, y dijo con decisión, dominando las zozobras que comenzaban á roerle el ánimo:

— Stockolmo.

¡Chúpate esa! Creías que lo ignoraba: ¿eh? Pues te has lucido. Félix, no tuvo tiempo de hilvanar más reflexiones; pues el presidente, aquel maldito verdugo más que juez, que no se cansaba nunca de preguntarle con una insistencia irresistible, le acosó de nuevo, diciéndole con burlón acento:

— Y Stockolmo, pertenece á la Rusia africana: ¿no es verdad?

¡La Rusia africana! Jamás había oído tal especie. Pero cuando el presidente del tribunal lo afirmaba, verdad sería; y no atreviéndose á negarlo, exclamó el rapacín con fibieza:

— Sí, señor.

— ¡Magnífico! Y ¿qué mares notables posee Rusia?

El examinador recalcó ya sus palabras sin ningún rebozo, y, venteando Félix la tormenta, á pique estuvo de guardar silencio. Pero se acordó de su sistema: peor era callarse; y á la desesperada y acobardado, murmuró:

— El Blanco y el Negro.

— Sí, señor, — dijo el presidente recostándose en su silla. — Es V. muy aficionado á los colorines. Basta. ¡Vaya V. con Dios!

Félix se levantó de su asiento sin que le repitieran la orden, y se salió del aula. Con mano temblona se limpió el copioso sudor que por la frente le corría, sacó un cigarro, lo encendió, y, aparentando una calma que desmentía su acento trémulo, exclamó dirigiéndose á sus compañeros:

— ¿Qué nota os parece á vosotros que me darán?

— ¡Suspenso! — replicaron á coro sus

amigotes y camaradas con la brutal franqueza de los pocos años. ¡Si no había respondido más que disparates! A la verdad, Félix, no las tenía todas consigo. El recuerdo del rostro burlón del presidente le desconcertaba. Pero, por otra parte, el no haber callado un momento le animaba á esperar en el triunfo. Por fin, se concluyeron los exámenes, quedóse solo el tribunal, y los chicos, alicaídos y mustios como nunca, temblándoles las piernas de miedo, se apelonaron á la puerta del aula. Media hora, treinta eternos minutos, duró la calificación. Al cabo sonó el timbre, entró el bedel en la clase, volvió á salir á la galería con las notas en la mano, arrojáronse sobre el dependiente los muchachos como manada de hambrientos lobos, y, arrebatándole el más listo las papeletas, se subió á un banco y empezó á leer á gritos las calificaciones:

Juan López: aprobado.

Pedro Mínguez: aprobado.

Roque Alonso: notable.

Félix Rodríguez: suspenso.

Félix, que se empinaba sobre las puntas de los piés para no perder ripio, palideció, cayósele el cigarrillo de la boca, rechinó los dientes y se apartó del grupo, abatido

y murmurando con voz furiosa: — ¡Eso es una injusticia! ¡Juan López no ha abierto apenas los labios y ha salido bien! — Y como uno de sus compinches, acercándose al mozo, le preguntara con irónico acento: — ¿No decías que no callando nunca en el examen era segura la aprobación? — mirándole con ojos terribles, y apartándose de su camarada con un ademán brusco, balbuceó el rabioso Félix la excusa de todos los suspensos:

— ¡Es que me tenía tirria el tribunal!



La ropa de la lluvia

No tenía más remedio que mojarse, ya se lo sospechaba él cuando saliendo de la fresneda al camino no le robó la vista del cielo bóveda alguna de ramaje. ¡Y menudo que iba á ser el chubasco! Aquella nube plumiza, compacta, espesa, que obscurecía el atajo como si estuviera anochecido y que parecía galopar sobre la cabeza del chico, produciale una zozobra abrumadora y le obligaba á mirar de cuando en cuando hacia arriba... Daba miedo atisbar por entre los árboles los girones grises que descubrían las ramas.— Nada, no tardaba en llover ni cinco minutos... Los pájaros volaban á refugiarse en los aleros, algunos gazapillos que saltaban entre las matas, corrían á las madrigueras, las copas se doblaban

sacudidas por el viento... remolinos de sucia tolvanera se levantaban en el aire..... cayó una gota anchísima, redonda, que pareció horadar el piso, luego cuatro ó seis que se quedaron columpiando en el musgo. — Ya empezaba, ya, de recio. — De pronto como si la volcaran se desgajó la nube en un turbión deshecho que apedreó con violencia las frondas.

¡Vaya un chaparrón formidable!— ¿dónde diantres se refugiaria para librarse de la embestida del aguacero?— La cosa es que no había ningún lugar en que meterse.— El muchacho se amparó en la pared de una cerca, se acurrucó y allí, escudado del viento y resguardado como pudo bajo el bardal esperó á que pasase la turbonada, defendiéndose con la gorra del ruidoso chaparrón y escudándose así la cara contra la lluvia, cada vez que cambiaba el aire. Todo se cubrió de agua en un momento: la tierra se empapó; por aquí se formaron charcos, por allá arroyos; comenzaron á escurrir troncos y ramas y la hilada de gotas seguía bajando, bajando!

Al cabo de un rato, en la lejanía, resplandeció tras la cerrazón algo muy luminoso que luchaba por horadar el nublado, lo horadó al fin, hizole un agujero tremen-

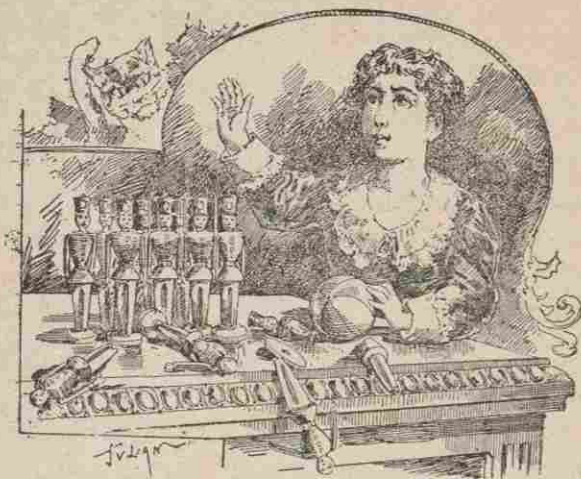
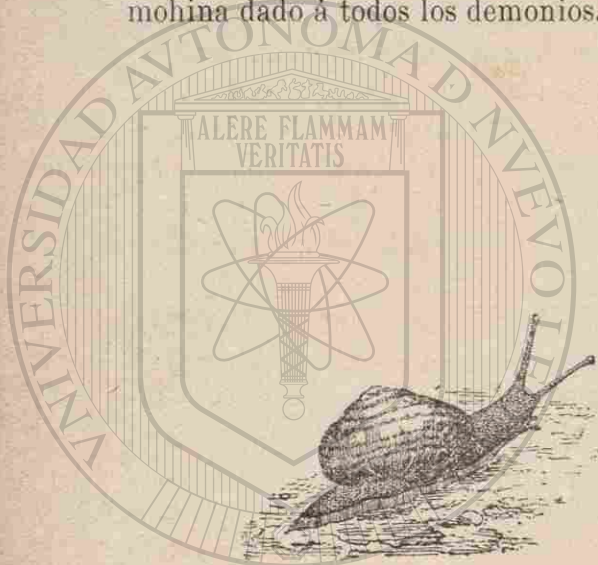
do que dejó ver el azul del horizonte y por la rotura se coló el sol metiendo en tropel su abanico de rayos que se esparcieron por el lugar ávidos de sacarle brillo á las humedecidas frondas y de quebrarse en las hojas cuajadas de puntas de diamante...

Pero no había que cantar victoria; el sol no arramblaba con el temporal; la lluvia aunque amainó un poco siguió cayendo; el chico entonces apartó la gorra, miró enfrente y por casualidad, enhiesto sobre un pedrusco, vió un desvergonzado caracol que asomaba su cornuda cabeza por el agujerillo de su caparazón como si se impacientara con la insistencia del aguacero. El animalillo parecía complacido del sol; le bañaba un rayo y diríase que se regodeaba bañándose en su luz y disfrutando de su tibio calor.

Como era natural, el rapaz distinguió al bicho y un pensamiento repentino cruzó por la mente del mozo, murmurando con aire pesaroso y volviéndose á tapar la cara con la gorra:

— ¡Anda que si yo tuviera una chaqueta como la del caracol, se me daría á mí un comino el chubasco!... Con un traje así, que no se cala, cualquiera se rie de la lluvia...

Y como su ropa no tenía la impermeabilidad de la de su vecino del pedrusco, el pobre muchacho continuó aguantando la mohina dado á todos los demonios.



La asonada

NADA, no cabía dudarlo; la guarnición del armario se había sublevado aquella noche: allí estaba la caja tirada por el suelo, los soldados amontonados, en desorden, descascarillado su cuerpecito de pasta, torcidos sus fusiles... Al capitán le faltaba un brazo... ¡Valiente oficial!... Sin duda había tratado de oponerse á la insubordinación, de contener el movimiento. ¡Ya sabía el niño que aquél era un militar pundonoroso y leal!

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

Pensando en el lance, fué el muchacho recogiendo la tropa, la llevó á la mesa del comedor y la formó en batalla; después sacó más soldados del cajón de los juguetes, encerró los primeros dentro de un cuadro de infantería, caballería y artillería, y cogiendo luego varios jefes, los colocó en grupo en una tabla del armario con centinelas, y supuso que allí se celebraba un consejo de guerra verbal, hablando él por los muñequetes, pronunciando la acusación fiscal y la defensa de los reos, la sentencia y las órdenes para ejecutarla, todo conforme á lo que él había oído contar á su padre de sus tiempos de servicio activo en la milicia.

No había sido posible la piedad; se trataba de un terrible motín de funestas consecuencias y lamentables ejemplos: el tribunal tuvo que sentenciar á los insurgentes á la última pena, á ser fusilados; pero como el castigo debía de ser pronto y eficaz y no se conocía á los autores de la asonada, se acordó que la fuerza fuera diezmada y que aquellos á quienes tocase el número fatal, pagaran con su vida el enorme delito de todo el batallón.

Entonces el niño separó de la fuerza sublevada varios soldados, los colocó en un

extremo de la mesa apelotonándolos, quitó de detrás la tropa que los custodiaba, y tomando una pelota, les arrimó dos ó tres pelotazos tremendos que derribaron los muñecos por el suelo, uno sin cabeza, otro sin peana, otro partido por la mitad del cuerpo... Después, el muchachuelo soltó al batallón insurrecto una arenga feroz, á gritos, excitándole al cumplimiento de su deber, conminándole con el castigo que acababan de presenciarse; y luego, formando á los sublevados por secciones, los hizo desfilar por delante de las otras tropas, tendidas en batalla y firmes, presenciando su desfile é imitando con la boca las marchas de las músicas y los toques de clarines de la caballería y artillería. Concluida la ceremonia, recogió los juguetes en las cajas donde los depositaba por la noche, y se dirigió á peinarse, respondiendo á las voces de su madre.

Poco después, el gato entró espaciosamente en el comedor, andando con pasos cautelosos y prudentes, y se encaminó á oler aquellos restos de soldados de pasta que yacían desparramados por el piso: en cuanto el minino los vió y les aplicó la nariz, los reconoció, y después de examinarlos con detención, sin dejar de mirar á uno

y otro lado, por si venía alguien, desanduvo lo andado, y se retiró por donde había entrado maullando para su piel de tigre, por lo bajo: «¡Toma, estos soldados son los de la caja que yo eché á rodar anoche en el armario del niño!» ¡Pobres soldaditos fusilados que habían pagado una culpa en que no habían incurrido!.....



Calma

TODA la tarde llevaban los dos chicuelos cogiendo mariscos, saltando de peña en peña con una suavidad gatuna, para no escurrirse en aquel musgoso piso del arrecife eternamente reblandecido por la marea; pero ya estaban hechos á las piedras, y ambos posaban en las rocas los pies descalzados como si tuvieran ventosas en sus plantas. Más allá de donde ellos andaban, rugía la resaca, que alguna vez les alcanzaba con sus copos de espuma, sin que las dos criaturas, familiarizadas con el mar, atendiesen á otra cosa que á escudriñar la rompiente, buscando almejas, dejando que el oleaje que bufaba de impotencia por no poder alcanzarlos, se estrellara en la punta, alzando una continua tolvanera blanquísima de polvo de agua.

Apenas sumarian veinte años entre los

dos mocosos; él era un mozalvete recio, musculoso, ágil, de ojos vivos, tostado por el sol y curtido por el aire marero; usaba por todo traje unos remendados calzones que apenas le llegaban á los tobillos, colgados de los hombros por un tirante de cuerda, y una camisilla de tela basta y no muy limpia; ella, en punto á traje, no andaba mejor que su compañero; un refajillo rojo raído, un jubón bastante roto, y pare usted de contar; sin embargo, obedeciendo á su delicadeza femenina, se resguardaba los peinados cabellos con un pañolillo anudado por bajo de la barba; á pesar del azote de la intemperie, la niña era más blanca que el muchacho, y sus ojos azules resplandecían con una luz más dulce y apacible.

Los dos chicuelos brujuleaban por allí con la misma tranquilidad, riendo con fuertes risotadas, tan pronto juntos como apartados, charlando sin dejar en paz á la lengua, hablándose á gritos, alzando á veces la cabeza para mirar á las olas que venían trotando y persiguiéndose; cuando los dos reunían buen número de mariscos, él trepaba por las peñas hasta escalar la costa, y dejaba *la pesca* en un cesto que á tal efecto habían llevado de su casa.

Así se les echó encima el obscurecer; el

sol, que parecía dudar si entraba ó no en el agua, clavado mientras en el límite del horizonte, fué hundiéndose despacio en el Océano, dejando en el sitio por donde se sumergía un resplandor suave de color de rosa; toda la lontananza se bañó entonces de luminosos matices, encendidos y transparentes, pero apacibles y tranquilos; ni la más leve ráfaga rizaba el mar que se diría dormido, fuera del choque continuo del oleaje en la rompiente; la luz tibia del crepúsculo iba tiñendo de blanco las ondas mansas, y sólo allá al fondo se advertían los cabrilleos de los últimos rayos de la puesta; no se distinguía por ningún lado el borroso penacho de humo que revela la ruta de un vapor, ni la manchita blanca que indica una vela; la costa se hallaba también desierta, abandonada y únicamente las figuritas de los dos niños, perdidos en aquella inmensidad majestuosa, interrumpían la soledad augusta de la Naturaleza.

Se les hacia tarde; pronto las sombras de la noche ennegrecían el espacio; era, pues, cosa de regresar á casita; en aquel momento, tierra adentro, dulce y melancólica, tableteó una esquila, cuyas campanadas salían de detrás de una loma que

debía de ocultar la torre y el pueblo. La niña las oyó la primera, djole á su hermano Antonio: — La oración... — y ambos se arrodillaron, rezando ese *Padre nuestro* bendito, lleno de inocencia, que las madres enseñan á los hijos desde que se bajan en su primer vuelo de la cuna; después se santiguaron, y agarrando el cesto entre los dos, encamináronse á buen paso á la aldea.



La tinta del Maestro

QUÉLLOS guindos incitantes rebosando fruta que asomaban sus copas verdes empedradas de botones rojos por encima de la cerca del huerto, traían á mal traer al rapaz que andaba que bebía los vientos por darles una buena embestida á los árboles. Por fin, una tarde no pudo refrenar más su deseo y al salir de la escuela, djole el muchacho á un compañero:

— ¿Te vienes á coger guindas, Juan? ¡Mira qué he visto unas más gordas!

¿A coger guindas? — ¡Pues no había de irse! — ¡A escape! — ¡Y que no estaban ya maduras! — Sí, pero lo malo es que su madre salía á la hora en que concluía la escuela y si tardaba en llegar á casa se enteraría del lance. — ¡Bah! — Colaría un embuste cualquiera; que el maestro le mandó

á última hora á un recado. — Después de todo poco podían detenerse, y como el huerto estaba al paso, era cuestión de diez minutos el subir al árbol y darse la panzada de fruta.

La proposición era tentadora — pero el Juan, que gastaba un poco más de mesura que su compañero, preguntó indeciso:

—¿Y dónde las has visto?

—En el huerto de la calleja — replicó el golosillo muchacho, relamiéndose al recordarlo.

—Pues, vamos allá — contestó al fin el Juan vencido. — Y los dos amigotes, apartándose del tropel que dejaba bulliciosamente la clase, tomaron por una calle que conducía derecho al huerto; atajando por allá y á buen paso llegaron á la guindalera y en un decir amén se encaramaron á las copas, montáronse en una rama y arranca de aquí, arranca de allá, comenzaron á engullir con gran prisa, escupiéndose los huesos entre estrepitosas risotadas contenidas en el acto de estallar para no delatar la presencia de gente en la fronda. El rapaz iniciador del asalto, más positivo que el otro, sólo se ocupó de comer cuanto le consintieron los dientes, pero á Juan, más cándido, lo primero que se le ocurrió an-

tes de dar principio al banquete, fué adornarse y arrancando con cuidadito dos guindas unidas por los rabos, se las colgó en una oreja, emperregilándose la compañera del mismo modo; luego se atascó en competencia con su compañero. La caída de la tarde se les echó encima.

— ¡Qué tarde es! — exclamó el Juan con acento de pánico al advertir el crepúsculo.

— Eh, no seas gallina! — contestó el otro chico. — Urdes una excusa y san se acabó...

Bajáronse, pues, con cautela y mirando á todas partes por si se acercaba el guarda, y despidiéndose al pie del árbol, cada cual de las criaturas se marchó corriendo á su vivienda, á tiempo que sonaba en la iglesia del lugar el toque de oración.

¡Lo que Juan se temía! — Se habían retrasado mucho y ahora iba á llegar á su casa al obscurecer. ¡Y con el genio de su madre! — ¡Valiente pescozón le aguardaba! ¡Porqué lo que es ella no se tragaba tan así lo del recado del maestro! — En fin, no tenía otro remedio que aguantarse: creyéralo ó no lo creyera, él se sostendría en que acababa de salir de la escuela y en que venía por el camino más corto. No tardó en plantarse en la casa y en cuanto su madre lo vió jadeante, sudoroso, sofocado, le pregun-

tó á gritos de dónde salía á aquella hora. De la escuela: el maestro le había mandado á la tienda de la Sra. Felicia por tinta y por eso era la tardanza. ¡Cómo que se tenía que morir que decía la verdad! — ¡Que le partiese un rayo si mentía!...

Pero su madre no le quitaba ojo; le dejó hablar y acercándose de improviso, le sujetó por un hombro y arrebatándole de una oreja el pendiente de guindas, le dijo aturdiéndole á voces y zarandeándolo:

—Y has ido por tinta á la guindalera.

¡Santo Cristo!... El mocito se echó mano ya tarde á las orejas con repentino arranque. — Se le había olvidado quitarse los adornos. — Entróle entonces un pánico terrible, se le apagó la voz, le bailaron las piernas y se dió por muy contento, con que su madre le enviara de un pescozón fuera de la pieza diciéndole con furia:

—Ya te daré yo la tinta. Hoy te acostarás sin cenar, puesto que has comido ya por adelantado el postre.

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



Camino del Cielo

I

PERIQUEÍN!... ¡Periqueín!... ¿Duermes?... Soy yo... Gabriel... ¡Anda!... Despierta y vente conmigo al Cielo. Verás que hermoso es aquello...

El niño, que reposaba con el sueño profundo de la infancia, se estremeció sin abrir los ojos, comenzó luego á dar señales de vida, removiéndose inquieto en el lecho, sacó los brazos fuera del embozo, y se incorporó al cabo, luchando por despegar los párpados, que le pesaban como si de plomo fuesen. Sin acabar de sacudir su modorra, escuchó la voz que le llamaba, desconoció su timbre, y, entrándole súbito miedo espantoso, se acostó de repente, tapándose con la sábana hasta la cabeza para no ver las siluetas que proyectaba en la pared la lamparilla que alumbraba la

alcoba. Así permaneció temblando, acurrucado, despejado ya, sin atreverse á mover, mientras la voz que le había despertado continuaba llamándole en las sombras. Pero aquella voz era tan dulce, tenía un dejo tan simpático, que Periquín se fué tranquilizando, y, sin meter ruido, con mucho tiento, se atrevió á levantar por un lado la ropa que le cubría, y asomó á la postre la cabeza por entre los pliegues de la colcha. Junto á la cama, de pie derecho, sin quitarle ojo, había un jovencito, rubio como las granzas de la paja, vestido con un largo túnico celeste, y con una cara de bondad que no se le podía mirar sin sonreírse de alegría. Periquín recordó en seguida los cuentos de su madre y los trozos que leía en el colegio, y, desechando sus miedos, apartó en definitiva el cobertor, y sentándose en la cama murmuró, como dándose una satisfacción á sí mismo: — ¡Toma! ¡Este debe de ser el ángel de los niños!

¡Vaya unas horas de viaje! ¡A la madrugada!... Sí, señor: él iría con mucho gusto en tan buena compañía aunque fuese al fin del mundo, pero ¡renunciar al calorillo de la cama con una noche tan perra!... Y no era cosa de emprender desnudo la

marcha al Cielo, que está tan arriba, tan arriba... Porque él no sabía vestirse solo... ¡Qué contratiempo! Pero el ángel insistió, aseguróle que yendo juntos no sentiría frío, y, venciendo al cabo la resistencia de Periquín, le envolvió en una manta, le cogió en sus brazos, abrió el balcón del dormitorio, y, desplegando unas alas de finísima pluma que le salían por las aberturas del túnico, se remontó por los aires con el niño.

¡Madre de Dios, lo que se elevaron!... Periquín había vuelto á experimentar un miedo horrible, y barboteaba cuantas oraciones sabía para que la Virgen les librara de una caída. Por lo demás no le iba mal en su expedición: no se mareaba, y, como el ángel le prometió, apenas si notaba el hielo de la noche. Y volando, volando, subían, subían, y pasaron por entre los astros, que fulguraban en aquellas alturas como inmensas ascuas, y comenzó á amanecer, y dejaron atrás el sol, que parecía de cerca una colosal pupila de fuego; y continuaron ascendiendo á través de una cadena de nubes de púrpura; hasta que al cabo plegó el ángel sus alas y se detuvieron: estaban á la vista del Cielo.

¡Qué sitio tan hermoso! Por allí pene-

traban los niños en la gloria: un resplandor suave como el de la amanecida iluminaba el paraje; espeso tropel de rosas sin espinas, en cuya alfombra moría todo rumor de pasos, extendiase ante la puerta, y la entrada se abría en el centro de una gigante estrella que irradiaba de sí un fleco de rayos de luz. La entrada estaba abierta, y se oían adentro acordes de arpas y voces de serafines entonando al unísono dulces sonatas que repercutían con extraño ritmo en el silencio del espacio. ¡Y aquello era sólo la puerta del Cielo!... ¡Ah, sí! En aquel lugar debían pasarlo muy bien los niños... Y sin que el ángel acertara á detenerle, acordándose de su madre y ansiando contarle cuantas maravillas había visto, apretó á correr Periquín, y... se despertó. Hallábase en su cama, y todo había sido un sueño.

II

Angelina, la vecinita que jugaba todas las tardes con Periquín, su amiga inseparable, acababa de morir arrebatada por unas calenturas crueles que en una semana se la llevaron de este mundo. ¡Qué lástima! ¡Formaban la niña y el muchacho

tan encantadora pareja! Ella era trigueña y menuda: él moreno y alto; ella tenía los ojos azules y los cabellos rubios: él las pupilas pardas y el pelo negro; ella contaba cuatro años y pico: él sumaba cinco justos. Era, en verdad, un dolor, semejante pérdida. Y, ahora ¿con quién iba á compartir Periquín sus alegrías y alborozos? Cierto que tenía su hermanito, al que adoraba y con el que muchas veces se distraía; pero la tierna criatura aún no había cumplido los veintitrés meses, y no podía jugar con ella, como con Angelina, al toro y las mulas.

La propia mamá de Periquín fué la que le dió la fatal noticia de la pérdida de su amiguita. ¡Con qué desconsuelo se echó á llorar el niño al saberlo! Se habían criado juntos y se querían con delirio. Y eso que, en la mente infantil del muchacho, todavía la idea de la muerte se ofrecía obscura y borrosa; pero con el instinto peculiar de los pocos años, que suple á la falta de un entendimiento formado, adivinaba él, en la desgracia, toda la monstruosidad de la separación eterna.

— ¡Angelitos al Cielo! — dijo con grave tristeza la mamá de Periquín al comunicarle el suceso. — ¡Dios sabe cuántas amar-

guras se ahorrará con su marcha! El mundo se halla erizado de espinas, y hay que andar con pies de plomo. ¡Para una alegría que logramos en la existencia, se cosechan tantas penas!... Enfermedades, contratiempos, desengaños... ¡Bien ha hecho la pobre Angelina en huir á la gloria!

Periquín, que oía tal retahíla sin entenderla del todo, acordóse de su sueño, y recordando también cuán hermosa se le ofreció la puerta del Cielo, preguntó afañoso á su mamá: — Pero ¡tan bonita es la gloria? — ¡Qué sí era! ¡Pues ya lo creo! Allí no hacía frío nunca: siempre reinaba en tal sitio una temperatura de primavera, y todo el día se lo pasaban los niños jugando. Esto último sonó con delicioso ritmo en los oídos de Periquín; y de tal suerte le ponderó su mamá el Cielo, que el muchacho concluyó por no lamentar la muerte de su amiguita y por tenerle como cierto deje de envidia.

III

¡Mal año para los niños!... Dos ó tres meses después de la muerte de Angelina, caía el hermano de Periquín herido por la difteria. ¡Era el primer hijo que la

doliente madre perdía... no había precedido enfermedad ninguna... la suerte le descargaba el golpe brutal de improviso... con una sencillez feroz, con una naturalidad horrible! La pobre criatura se acostó buena y sana y amaneció en la gloria. Así muchas veces, en las tormentas caniculares, estalla un solo trueno y ese produce el rayo.

Todo el mundo creyó que la mamá de Periquín se volvía loca. La tarde en que se llevaron su hijo al cementerio, se recostó en una butaca, con el rostro entre las manos y la cabeza caída de cara contra el respaldo del asiento, y así se estuvo llorando, llorando, bajito, sin alardes, sin sollozos, con todo su dolor metido en el alma. No quiso comer, huyó de las gentes, no prestó oídos á nadie, y sólo una de las veces en que Periquín se acercaba compungido á consolarla, le dijo dándole un beso muy tierno: — ¡Ya te has quedado solo, mi vida, ya te has quedado solo!... ¡Ya se ha ido al Cielo tu hermanito!... — Y con tan intenso dolor y entre un tropel de lágrimas tan grande fueron pronunciadas estas palabras, que el niño sintió también impulsos de llorar, y, tragándose una pregunta que no se atrevió á dirigir al

acordarse de la pintura que su madre le había hecho de la gloria y de lo que vió él mismo á la entrada, se separó desconcertado, pensando, sin acertar á responderse :

— Pues si mi hermanito está en el Cielo, donde tan bien les va á los niños, ¿ por qué llora mi mamá con tanta pena ?...



Bajo el canalón

QUERA una pieza soberbia aquel paraguas. Alto, con una contera pavonada de tres dedos, terminado por arriba en un puño de asta y con un par de borlas de seda negra colgándole del mango... En cuanto á tamaño, seguramente no había en toda la comarca otro mayor. Cerrado parecía el pendón de la hermandad del pueblo y al abrirse diríase que se desplegaba algún toldo... No, lo que es como caber ya cabía la familia entera debajo sin temor á que le cayera encima ni una sola gota de agua... Pero lo mismo daba... El paraguas no salía nunca á la calle así llovieran duros... Era una monomanía del abuelito.

Calcúlese con esto la sorpresa de los dos chicos cuando lo descubrieron:

— Oye, oye, mira!... exclamó el uno.— El paraguas bueno de papá Facundo.

acordarse de la pintura que su madre le había hecho de la gloria y de lo que vió él mismo á la entrada, se separó desconcertado, pensando, sin acertar á responderse :

— Pues si mi hermanito está en el Cielo, donde tan bien les va á los niños, ¿ por qué llora mi mamá con tanta pena ?...



Bajo el canalón

QUERA una pieza soberbia aquel paraguas. Alto, con una contera pavonada de tres dedos, terminado por arriba en un puño de asta y con un par de borlas de seda negra colgándole del mango... En cuanto á tamaño, seguramente no había en toda la comarca otro mayor. Cerrado parecía el pendón de la hermandad del pueblo y al abrirse diríase que se desplegaba algún toldo... No, lo que es como caber ya cabía la familia entera debajo sin temor á que le cayera encima ni una sola gota de agua... Pero lo mismo daba... El paraguas no salía nunca á la calle así llovieran duros... Era una monomanía del abuelito.

Calcúlese con esto la sorpresa de los dos chicos cuando lo descubrieron:

— Oye, oye, mira!... exclamó el uno.— El paraguas bueno de papá Facundo.

—Es verdad,—añadió el otro,—vamos á cogerlo si quieres.

Y los dos rapaces que corrían uno detrás de otro por toda la casa, jugando á las mulas se detuvieron á la vez maquinalmente; jadeantes, sudorosos, brillándoles de contento las pupilas, empujaron con cautela, sin mover ruido la entreabierta hoja de la puerta que había cometido la indiscreción de enseñarles el paraguas, recostado allá, en el fondo de la alcoba, junto á la mesa de noche, y persuadidos de que no había nadie en la habitación adelantaron más tranquilos y confiados hasta coger los dos á un tiempo, sonriendo de dicha, aquel instrumento de sus ilusiones que les deparraba la casualidad, como si hubiera adivinado sus sueños.

Un rato estuvieron contemplándolo, dudando de su ventura... ¡Dios santo con el encuentro!... El paraguas bueno del abuelito, que él conservaba como oro en paño, cuidadosamente envuelto en su funda de percalina de lustre, doblado y redoblado; el paraguas de seda verde, de doce varillas, regalo del juez, que el pobre papá Facundo no sacaba nunca, aunque diluviase, como no fuera de ceremonia por su cargo de alcalde del pueblo; el paraguas inrompible, vene-

rado como una reliquia, que nunca dejaba á los nietos, no usando él mismo jamás, aunque se calara, sino el viejo de algodón torcido y lleno de desgarros que eran otras tantas goteras por donde se colaba la lluvia... ¡Dios santo!... Y el abuelito iba sin duda á salir con él, á llevarsele, pues estaba el paraguas cepillado, sin funda y sin arrollar. Sí, sí!... Ahora recordaban que la vispera por la tarde, comiendo, habíale oído decir á papá Facundo que al día siguiente tenía que asistir á no sé que punto con el municipio, á una sesión muy solemne...

Los dos muchachos seguían mirando y palpando el paraguas. De pronto les asaltó el mismo deseo: abrirle. Uno de los chicos se apostó de centinela á la puerta del cuarto por si venía alguien, mientras el otro, apresurado, temblón, pero radiante de júbilo, agarró el codiciado instrumento, apretando los dientes para hacer fuerza empujó el engarce de varillas y después de dos ó tres intentonas lo abrió con estrépito y á costa de un pellizco muy regular que le obligó á chuparse el dedo; en seguida se echó el paraguas al hombro y se puso á pasear muy ufano. Entonces reparó que el hermanito no estaba en la puerta; entróle



un súbito miedo; cerró el paraguas y se acercó á la salida en ocasión en que llegaba de puntillas el mayor indicándole por señas que callara. Guardó silencio el pequeño y acercándosele el grande le dijo al oído:

—Oye, tengo la gran idea; papá Facundo se halla con mamá, que está cosiendo no sé que cosa que se le ha roto de pronto en la levita, por lo que aún tardará algo en marcharse... Mira... ¿Quieres que bajemos á la calle con el paraguas bueno?

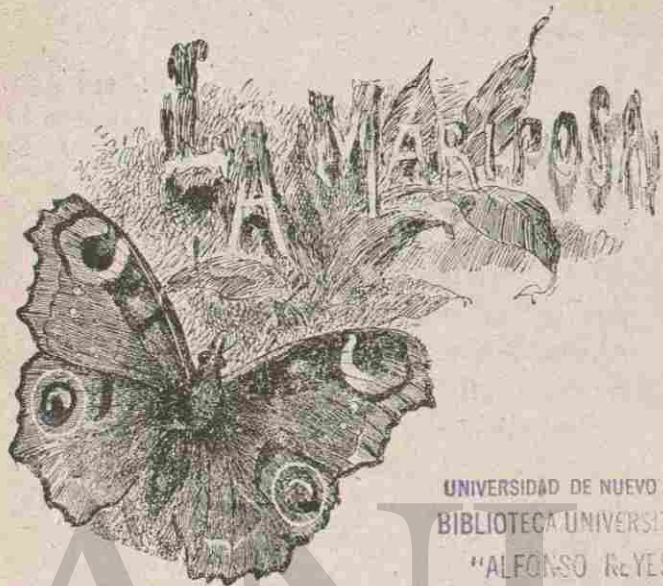
—Sí, sí, ¡qué gusto!

—Chis!... Pues, silencio... Callandito y despacio.

Andando quedo, de puntillas, llevando el mayor el paraguas al hombro, sin dejar de mirar hacia adelante, llegaron á la puerta del piso que sólo estaba cerrada con picaporte por lo seguro del pueblo; la empujaron lentamente para que no chirriase; salieron al portalón; abrieron otra vez el paraguas y pusieron el pie en la calle.

Llovía de un modo formidable, cayendo el agua á torrentes, con el espesor de un temporal africano; los caños de los canales bajaban á chocar en las losas de la acera, produciendo un rumor continuo y monótono y por todo lo largo del arroyo ba-

jaba una corriente engruesada por el chaparrar que no disminuía en lo más mínimo. Los dos niños, cobijados por la cúpula de seda del paraguas, pegaditos, gozando lo indecible anduvieron diez ó doce pasos por junto á la casa, sin apartarse mucho; parándose al fin bajo un canalón que parecía el salto de una cascada y transfigurados de gozo, saliéndoseles la alegría en un reír sin tino, viendo como el chorro caía á plomo sobre su techo de tela porraceándolo con estruendo y formando una vertiente tremenda por un lado mientras caía por cada varilla un hilo de gotas; sin importarles el chaparrón que arreciaba permanecieron allí inmóviles, bañando el paraguas bueno del abuelito, considerado como reliquia, digna de veneración, en tanto que el pobre viejo se rompía los ojos angustiado buscando en su alcoba el maldito instrumento; su hija, la madre de los niños les llamaba en vano recorriendo toda la casa pieza por pieza y el ayuntamiento se desesperaba ante la incalificable tardanza de su alcalde presidente.



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO RAYES"
CALLE 1625 MONTERREY, MEXICO

GATEANDO como un mono, haciendo hincapié en todos los nudos del árbol, cogiéndose á las ramas, trepaba Feliciano tronco arriba en busca del nido que debía haber en la fronda de aquel fresno. Pero el caso es que el chico llevaba más de veinte minutos explorando la selva virgen de la copa, cruzando por entre una espesa urdimbre de varas que amenazaban su rostro y ponían en grave aprieto sus pantalones, y, tras de mucho revolver el follaje, no parecía por ningún sitio la codiciada cama

33071

de verbajos de los gorriones. Y no le cabía duda: él mismo había visto abatir el vuelo todas las tardes, en aquel árbol, á la pareja alada que traía de comer á las crias. ¡Quién sabe! Tal vez el nido había resbalado al suelo ó estaba en poder de otros chicos más listos y madrugadores. No hubo otro recurso sino confesar su derrota; y, sacando la cabeza por en medio de dos ramas, gritó Feliciano á su hermanita Laura, que esperaba el descenso del rapazuelo al pie del árbol:

— ¡Que me fusilen si hay aquí ningún nido!

Laura no le contestó al pronto: absorta y embelesada, seguía con ansiosos ojos los juegos de dos gusanos amarillentos, que, colgados de dos hilos finísimos como rayos de luz, se daban de encontrones columpiándose al extremo de las hebras que los sostenían, hasta que, hartos de toparse, treparon por los cabellos de su columpio y se enroscaron sobre una hoja. Laura palmoteó de júbilo, y, respondiendo á la exclamación de su hermano, le yocó desde abajo, señalando con el dedo á los insectos:

— ¡Mira qué bonitos son, Feliciano!... ¡Son orugas!... ¡Anda, hájamelas!...

El chico maniobró otro poco por la hoja-

rasca para complacer á la niña, arrancó el verde lecho en que los insectillos reposaban, y descendió, con su trofeo, del fresno entregándose á Laura, que, equitativa y justa, le dijo á su hermano, devolviéndole una de las orugas:

— ¡Uno para tí y otro para mí!...

— Esto no sirve para nada, — replicó Feliciano brutalmente. — Y con un palitroquese entretuvo en desarticular sus anillos al pobre animalejo, que se retorcia de dolor.

— ¡Qué bestia eres! — exclamó la niña. Pues yo me llevo el mío: lo guardaré en una caja, y ya verás qué mariposa tan bonita sale!...

II

Con la panza amarilla y las grandes alas de color de oro salpicadas de lunares de púrpura, agitábase la mariposa dentro de su cárcel de cristal, pugnando por escaparse. ¡Al fin, después de tanto tiempo de modorra, daba el insecto señales de vida!... ¡Y que no lo había cuidado Laura con poco mimo para que no se malograra!... Mucha, mucha había sido su paciencia;

pero todo lo daba por bueno contemplando tan hermoso y brillante ejemplar.

El día en que el insecto rompió su armadura de eslabones, la niña pensó volverse loca de alegría. Bailoteando de gozo, llamó al gabinete donde tenía depositada la cajita á todos los de la casa: y, es claro, en cuanto Feliciano atisbó aquel animal, del que tanto se había reído viéndole dormir con un sueño continuo, trocado en una explosión viviente de oro y grana, se le antojó el bicho, y de sopetón se lo pidió á su hermana.

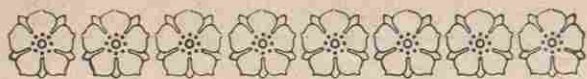
— En seguida. — respondió ella. — No hubieras sido un borrico cuando me bajaste los dos gusanos, y ahora tendrías otra mariposa igual para darle suelta.

A Feliciano no le supo bien la lección; y como era algo soberbio y estaba muy consentido, insistió en que le cediese su hermanita el insecto. Laura se defendió con energía, él no cedió en sus pretensiones, encolerizóse, toda la sangre se le agolpó en la cabeza y quiso arrebatarse la caja á la muchacha por la fuerza, lo que tal vez hubiera conseguido á no estar presente la madre de ambos, que tuvo que arrimar al muy discolo dos cachetes. Entonces, furioso, llorando de rabia, se retiró

á un rincón de la pieza, y desde allí contempló como Laura alzaba la tapa de la cajita, y como la mariposa, hallándose libre, se remontaba majestuosamente, batiendo el aire con sus alas de raso. ¡Y él no había tomado parte en el lance! ¡Cómo aumentó su llanto al notarlo! En fin, no pudo con el desaire, y humilde y compungido solicitó el perdón por su culpa, que de buen grado le fué concedido por su hermana.

— Es preciso que te enmiendes. — díjole su mamá dándole el beso de la paz en sus mejillas llorosas, — y que moderes tus malos instintos; y sobre todo ten en cuenta que no hay nada inútil ni despreciable en el mundo, y que en lo que juzgues más inservible se esconde la mariposa de la felicidad.

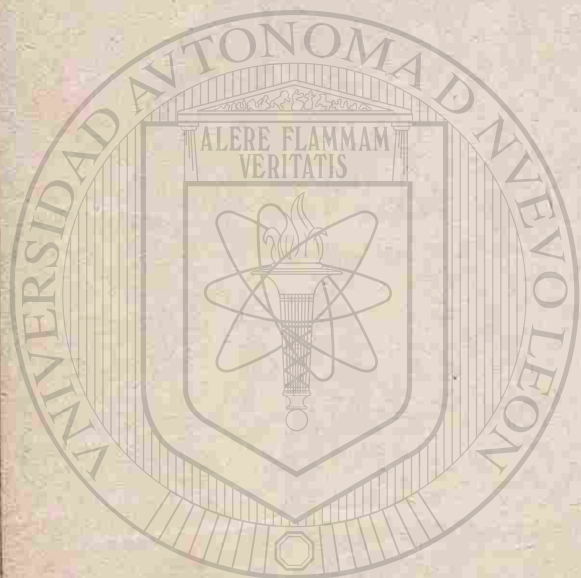




Las Gayombas

Ya, ya estaba el animalito emperegilado y dispuesto para ir a la feria... Cualquiera conocía ahora en aquel cerdo arrogante y membrudo, limpio como el oro en fuerza de baldeos y refregones, sin una mancha en la piel, ceñido el cuello por un collar de madreños y adornados rabo y tobillos por grandes lazos de cinta roja, cualquiera conocía el sucio marrano rebosando mugre, emporcadas de barro las manos y cubierto siempre de pegotes de estiércol, adheridos al revolcarse por el suelo. Trabajo había costado aliñarle; pero, en fin, hallábase concluido el embellecimiento del cochino y sólo restaba atarle una soga y llevarlo pian pian a la Exposición de ganados que aquella mañana daba comienzo en la ciudad.





La chicuela que cuidaba de la pocilga fué la encargada de conducir el cerdo; los amos habitaban ya en la ciudad desde el primer día de fiestas. Compúsose, pues, la muchacha, mirándose y remirándose el peinado en el trozo de espejo roto que le servía de luna; se puso á la cabeza su mejor pañuelo; se vistió el corpiño de domingo y el zagalejo más majo, y agarrando el cabo de la sogá pegó un tirón del cochino, le sacudió un buen varazo y arreó con él, cortando por la trocha para llegar antes.

El guarro no esperó la advertencia segunda, y en cuanto sintió el palo escapó á correr, teniendo que refrenarle la chica para que no la llevase á galope. Así caminaron uno y otra, el puereco tirando de la cuerda y tendiendo siempre á meterse por los sitios más sucios, por los hoyos, por las caceras, por el musgo, y la moza acortando la tomiza y apartando al animal de la hierba y los regajos donde pudiera mancharse.

En estas, atajo adelante, avistaron un fresco arroyo que salía á la derecha de un boquete de la espesura, y lindando con la trocha, sin atravesarla, iba á perderse á lo lejos, hundiéndose por la arboleda... ¡Dios mío! La chica las descubrió en seguida...

¡Qué gayombas tan lindas las que crecían junto al agua!... ¡Si parecían plumeros de oro bañándose!... ¡Y ella no había podido encontrar en la granja ni una flor que le gustase para colocársela en la cabeza!... En seguida le acometió el deseo de quitarle á la ríbera una matita... Si, nada más fácil que pasar al otro lado de la corriente, haciendo puente de los pedruscos que se asomaban por entre las ondas, y plantarse en el sitio donde las gayombas se erguían... Pero... ¡Y el cerdo?... ¡Bah!... con atarle á una rama punto concluido... ¡Y si se escapaba!... No, no: valía más renunciar á las flores!... Sin embargo... ¡Sería gran casualidad que le aconteciese un desastre, cuando todo era cuestión de un momento... ¡Eh!... Fuera sustos.

Y doblegándose su voluntad ante los tirones de aquel capricho invencible, buscó una rama recia, lió á ella con fuerza la sogá, y sin perder tiempo luego, remangándose para no mojarse los bajos, pisando con cuidado para no escurrirse en los pedruscos, salvó el agua y comenzó á arrancar las gayombas más grandes. Apenas había cortado dos ó tres flores oyó á sus espaldas el estrépito seco de un chapuzón; volvióse repentinamente, irguiéndose de

pronto y sosteniéndose derecha por milagro, y se quedó aterrada al ver al cerdo, con la tomiza rota, arrastrando, hundido en el agua en el sitio más sucio, en un remanso atascado de hojas secas, de limo y de espuma barrosa... Instintivamente dió la chica un grito horrendo, y tomando un guijarro se lo tiró al cochino, pegándole en el lomo; entonces el puerco, asustado por los chillidos, tornó á salirse del arroyo, chorreando, con los lazos ajados, llenos de lodo, desteñidos, y en cuanto se vió otra vez en tierra, húmedo como estaba, se revolcó en el suelo con delicia y se vistió enteramente con un espeso traje de hierbas y polvo. En estas la chicuela, olvidándose de las flores, estaba ya encima del animal, llorando desconsolada; llegó á él, le agarró por el cabo de la cuerda teniéndole bien sujeto; le sacudió con furia tres ó cuatro palos que hicieron al puerco gruñir y dar vueltas en torno á la moza, como caballo de circo, y luego, desolada, contemplando los destrozos de la ornamentación y la porquería adquirida por el cerdo, pensando en lo que dirían sus amos por la tardanza, se volvió al galope á la alquería á lavar y aviar de nuevo al animal para irse después á la feria.



Graduandos de melón

(Apuntes de un mal estudiante)

2 de Octubre. — No, Juanito, no, este año no te acontecerá, á Dios gracias, lo que el anterior. La experiencia es la maestra de la vida, *magister vita*, que decimos nosotros los eruditos en estado de canuto; el curso actual tiene las clases seguiditas y te es posible asistir á todas. Bien es verdad, que yo no soy un Catón, y me acuso de faltas que no me serían imputables á ser mejor depuradas. Vamos á ver: ¿Qué culpa me cabe á mí de que las asignaturas que el curso pasado estudié, ó más puramente pensé estudiar, se explicasen á una misma hora? Ninguna; y si hice novillos, que no niego que los hiciera, no fué por marcharme á la parada, sino porque las

cátedras eran incompatibles, porque los catedráticos son unos tales que no miran más que su comodidad, ni atienden más que su provecho... Sin embargo, como yo tenía asignaturas rehabilitadas, cualquiera las coordina!... Vaya!.. Pelillos á la mar! Desde este curso, vida nueva, y á reparar lo perdido, que no soy yo el único mortal que tira por la senda en vez de ir por la carretera. Ea! Empezaremos hoy las buenas obras: sea este día 2 el primero de mi regeneración; hoy asisto á Cátedra.

Pues, señor, no he entrado en clase; sin duda mi reloj anda mal, y acorde con la esquina de la Puerta del Sol; y por no penetrar en el aula comenzada ya la explicación... Pero mañana.. lo que es mañana, no me retrasaré; quince minutos antes de la hora, estoy hablando con el bedel en la galería.

29 de Octubre. — Parece mentira! En todo Madrid no se encuentra un libro de texto de los que yo necesito. Y cuidado que no fui de los más morosos en buscarlos, y llevo no sé cuántas semanas de escarceos; las ediciones de nuevo agotadas; las de lance, no digamos. Lo peor es que no he pisado el aula en todo el mes. Des-

pués de todo, para qué? Para estar allí de comparsa? Exponerme á «tirarme una plancha» si me preguntaban la lección. En fin, ya habrá algún compañero compasivo que me preste los apuntes; poco pueden tardar los ejemplares que necesito, y en cuanto los compre voy á ser más asiduo á clase que los de la orquesta, los que se sientan en el estrado junto al catedrático, para adularle y ganar su voluntad...

14 de Noviembre. — ¡Es increíble! aún no he tenido tiempo de abrir los libros que adquirí la semana pasada... Mañana 15, sin excusa alguna, comienzo á asistir á clase.

15 de Noviembre. — No, pues hoy no voy á clase; hoy es San Eugenio, y sobre que no entrarán en aula, y me expongo á pasarme en balde, hace un sol magnífico, y el Prado me reclama. Por un día!... Empezaremos á ser personas decentes el 16; pero hoy, rindamos parias á las bellotas!

16 de Noviembre. — Con que se ha puesto malo el Profesor? Hoy que pensaba yo empezar á asistir á la clase... Tendré desgracia! Preguntaré al bedel. Qué tiene el señor Peláez? Cuestión de ocho días, eh? Bueno, pongámosle quince; no vuelvo hasta primeros de Diciembre; con eso repasa-

ré en casa. Ah! Viene el Auxiliar! Pues, que venga!

1.º de Diciembre. — Viernes! Vaya, lo dejaré para el lunes; qué voy á adelantar en un día? pasado mañana es ya domingo...

5 de Diciembre. — Me fastidian las semanas truncadas; el 8 es fiesta, no empiezo á concurrir á Cátedra hasta el 9...

9 de Diciembre. — Qué atrocidad! vaya un escándalo! No, pues si el acuerdo es general, yo no falto al compañerismo ni soy un «cochino»; no entro en clase. Un poco pronto me parece para pedir punto, aunque á la verdad, me voy convenciendo de que, para el que estudia en su casa... la asistencia á Cátedra es una filfa! Aprieta... dos alumnos á la Dirección. Pues, señor, esto se pone malo; lo más prudente es largarse y no volver al Instituto hasta el año que viene; año nuevo, vida nueva; desde primero de año no dejo de entrar en clase un solo día; entonces es la mejor ocasión, porque comenzará el primer repaso.

29 de Enero. — El hombre propone y Dios dispone; y lo que es firmísimas si que lo eran mis intenciones de no faltar á clase desde primero de año. Aunque á la verdad, no he perdido mucho, porque entre

domingos, días festivos, el mío y el del Catedrático, y esto á partir de Reyes, no me resultan más que unos cuantos aprovechables; nada, media docena de lecciones que me las echo yo al colete cuando quiera. Y el caso es que hoy estamos á 29, y para lo que resta... Bah! Hasta después de Carnaval no parezco por clase.

1.º de Febrero. — Adiós mis libros, vírgenes de mis curiosas miradas; bosque de ignorada ciencia que os váis á los puestos de viejo. Vuestro producto será la base de mi felicidad! Menudo capuchón de raso me voy á alquilar para bajar con *esos* al Prado los cuatro días! Ahora si que es indispensable mi entrada en Cátedra, porque sin libros, mis únicos recursos son la explicación y los apuntes...

20 de Febrero. — Vaya un disparate! A quién se le ocurre poner la clase á las ocho de la mañana! Y á qué obedecerá tal mudanza? Lo que es por la temperatura!... Valiente frío hace! Ea, yo no paso por el capricho; á mi nadie me fastidia. Hasta que no mude el tiempo, no me ven el pelo por aquí. Lo dejaremos para después de Semana Santa; entonces me dedicaré también á estudiar, porque entregarse á los libros con intermitencias, ni aprovecha ni luce.

18 de Abril. — Pascua de Resurrección! La verdad es que no creí que se prolongaría tanto nuestra estancia en Toledo. En fin, qué le vamos á hacer. En 1.º de Mayo será otra cosa.

1.º de Mayo. — Servidor!... Pues si no me llega á advertir mi compañero que los que no contestaran al pasar la lista de hoy quedaban para Septiembre, me luzco!... Esto se me echa encima; yo no he nacido para asistir á clase; la clase es la rutina, la férula, la palmeta, la esclavitud de la enseñanza, como el programa es la esclavitud del pensamiento..... No vuelvo á clase..... pero..... y si pierdo curso?...

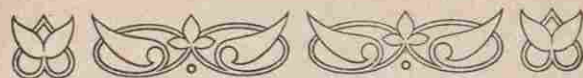
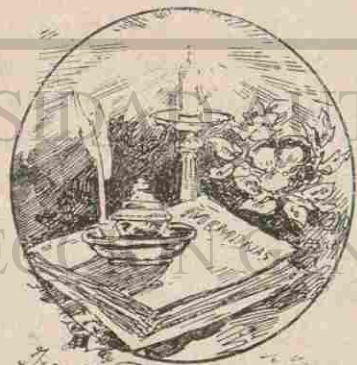
3 de Mayo. — Decididamente dedicaré todo el mes á estudiar en casa; el curso que viene empazaré á asistir á Cátedra, sin excusa de ningún género...

30 de Junio. — Yo creo que he hecho mal en dejar pasar mi turno; los que se examinan en esta segunda vuelta, parece como que descubren el flaco. — Fuego! Me llegó la vez!... El nombre técnico del murciélago, según Cuvier? Murciélagus... Y se ríe el tribunal.

Claro!... Yá me lo figuraba yo!... Suspenso!... Si ese tío no me puede ver!... Como yo

no soy de los aduladores que asistían á clase! Riome yo de imparcialidades y justicias. Está visto que para salir bien, es preciso sentarse en la orquesta... Me dan ganas de saltarle un ojo al profesor!... Y todo por no entrar en Cátedra; que lo que es como contestar, he contestado para sacarme siquiera un aprobadete!

Así decían dos ó tres hojas garrapateadas, unas con tinta, y escritas otras con lápiz, y todas parte sin duda de algún cuaderno de Memorias, que, arrugadas, con una papeleta de suspenso, y una inscripción de matrícula de Historia Natural, me encontré días atrás en el portal del Instituto.



El Tío Tragagentes

A mi hermana Juana

I

QUELLA noche le tocaba de facción al tío Tragagentes, el patriota más exaltado y bravote del pueblo. Fusil al hombro y al frente de una patrulla como cabo de la compañía, hizo sus dos rondas por toda la ciudad, pues la atmósfera política andaba á la sazón muy revuelta, y temíanse fuertes asonadas y motines, y al sonar las once en el reloj del Municipio dió el parte ordinario de que el orden público era cabal y se retiró á su casa molido de los pies, tieso de frío y lamentando no haber encontrado un moderadote detrás de cada esquina para rebanarle de un tajo la cabeza.

Una zafia sirvienta, con los ojos carga-

no soy de los aduladores que asistían á clase! Riome yo de imparcialidades y justicias. Está visto que para salir bien, es preciso sentarse en la orquesta... Me dan ganas de saltarle un ojo al profesor!... Y todo por no entrar en Cátedra; que lo que es como contestar, he contestado para sacarme siquiera un aprobadete!

Así decían dos ó tres hojas garrapateadas, unas con tinta, y escritas otras con lápiz, y todas parte sin duda de algún cuaderno de Memorias, que, arrugadas, con una papeleta de suspenso, y una inscripción de matrícula de Historia Natural, me encontré días atrás en el portal del Instituto.



El Tío Tragagentes

A mi hermana Juana

I

QUELLA noche le tocaba de facción al tío Tragagentes, el patriota más exaltado y bravote del pueblo. Fusil al hombro y al frente de una patrulla como cabo de la compañía, hizo sus dos rondas por toda la ciudad, pues la atmósfera política andaba á la sazón muy revuelta, y temíanse fuertes asonadas y motines, y al sonar las once en el reloj del Municipio dió el parte ordinario de que el orden público era cabal y se retiró á su casa molido de los pies, tieso de frío y lamentando no haber encontrado un moderadote detrás de cada esquina para rebanarle de un tajo la cabeza.

Una zafia sirvienta, con los ojos carga-

dos de sueño, abrió al tío Tragagentes la puerta de su domicilio. Con el pisar del cansancio subió el miliciano la escalera que desde el portalón conducía á sus habitaciones; penetró en el comedor donde su esposa la señá Abundia le aguardaba, y dejando el fusil en uno de los ángulos de la pieza, se sentó junto á la embayetada camilla, que aprisionaba entre sus faldas el clásico brasero.

—Hace una noche infernal! Bien se explica Noviembre! — dijo el tío Tragagentes alojándose el correaje. — Esos malditos moderados le van á hacer coger á uno una pulmonía!

Señá Abundia, que al ver entrar á su marido se había agachado sobre el brasero y movía vertiginosamente el molinillo de la chocolatera, exclamó desde las profundidades de la camilla, al oír tales frases:

— Te estaría bien empleado. Me quieres decir qué sacas de la política, ni qué te va ni qué te viene de que mande Juan ó Pedro? Sastre eres y de sastre no has de pasar!

— Y la libertad? — repuso el miliciano.

— Es preciso ahogar con sangre la tiranía, barrer de una vez el despotismo!

— Qué barbaridad! — y diciendo esto

retiró señá Abundia el chocolate que ya estaba á punto, y soportando el que su marido murmurara: qué entenderán las mujeres de estas cosas! — preparó dos grandes pocillos, sacó de una alhacena los bizcochos de las monjas, y ambos cónyuges se tomaron, como de costumbre, el sabrosísimo soconusco. El tío Tragagentes no volvió á hablar palabra; hallábase mal humorado y mohino, acabó su jícara y llevándose el fusil á la alcoba se fué á la cama seguido de señá Abundia, que mató de un soplo la luz del comedor antes de ir á acostarse.

II

Ya empezaba el tío Tragagentes á dormirse, cuando un ruido sordo y cercano le hizo abrir los ojos y aguzar las orejas. Juraría que había oído pasos y como si limasen algo! Bah! Aprensiones! El viento que golpearía contra el muro las varas de hierro de las cortinas! Cualquiera cosa! Pero el rumor continuaba; desvelado y lleno de zozobra se arrojó el sastre al suelo, acercose de puntillas á la entrada del dormitorio, y se puso á escuchar con la cara pegada á la puerta. No cabía duda, alguien

andaba en el taller, y ese alguien no conocía el terreno y tropezaba con los muebles, á juzgar por ciertos golpes que repercutían en el silencio de la noche, como de objetos derribados por tierra. Serán ladrones? — pensó el tío Tragagentes dándole un vuelco la sangre; y retrocediendo al lecho nupcial, despertó á señá Abundia, que roncaba con estrepitosos rugidos. Qué ocurre? — exclamó la buena mujer restregándose los párpados. Te sientes malo?... Y procurando serenarse le contestó su marido con acento trémulo: Levántate, que hay gente en el obrador!

Gente en el obrador! Dios santo! En seguida sacudió señá Abundia la soñarrera, lanzóse del lecho, y exclamó toda temblona y aterrada: pero, estás seguro? Su marido no le respondió al pronto ocupado en buscar los fósforos en la mesa de noche, pero la caja de cerillas no tuvo á bien parecer, y el miliciano renunció á encontrarla. No había más remedio que vestirse á oscuras, y palpando en las tinieblas, dijole el tío Tragagentes á su mujer, con balbucientes palabras.

No... no... te... andes con calma! Pon... pon...te lo pri... pri...mero que en... en... cuentres, y so... sobre... to... todo, no... no

tengas mie... miedo... que aquí estoy... yo.

Señá Abundia no se tranquilizó con semejante protección ofrecida con turbado acento, y dando diente con diente, repuso acongojada.

— Pues tú... tú... también tiri...tas!

— Es de... de... fri... frío...

— Y... por... por qué no pe... pedimos so... co... corro?...

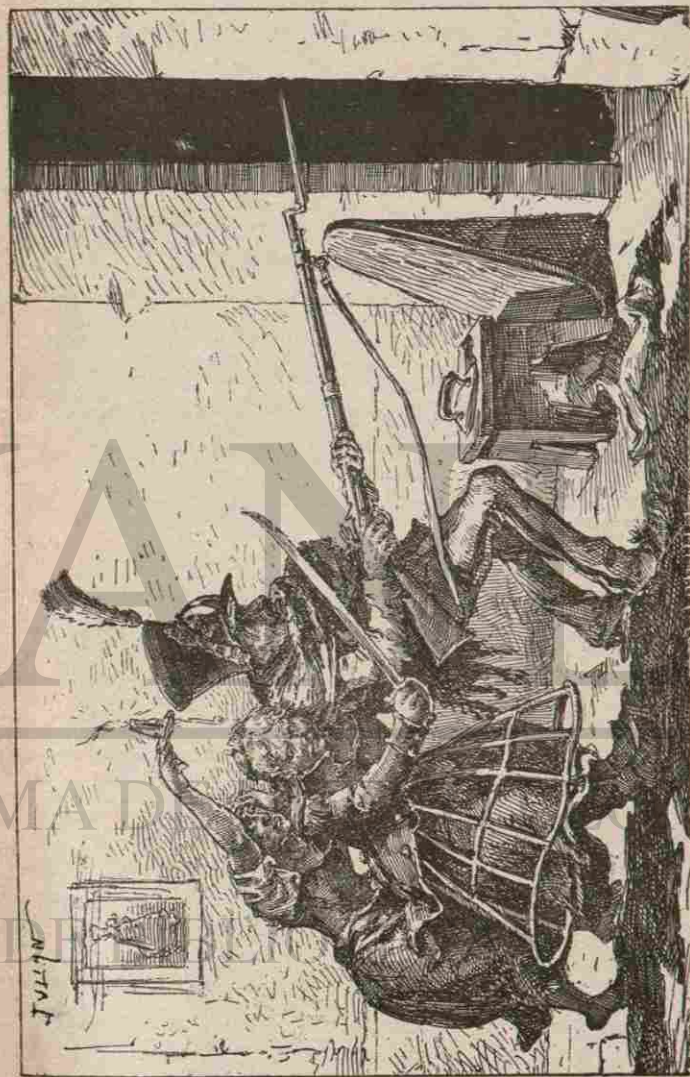
— Por... porque yo... yo... me... me... basto... pa... para co... co...ger á los ladrones — dijo el tío Tragagentes con una jactancia, y afectando un valor que el mismo temblequeo de sus palabras desmentía. Después continuó: Toma, ten el sa... sable, yo lle... lleva... varé el fusil, y si sí... gueme.

Y aturdidos, desorientados, sin acertar en su turbación con el lecho, sin darse cuenta de sus actos, cubriéronse con las prendas que primero encontraron. buscáronse en la obscuridad y tocándose con el codo, hablando bajito para animarse, el tío Tragagentes abrazado al fusil, y señá Abundia blandiendo el sable, con tanto miedo como la débil mujer, el furibundo patriota, progresista acérrimo y terror de los moderados de la ciudad, avanzó el matrimonio hasta la salida de la alcoba, y

allí permanecieron junto á la puerta sin atreverse á abrirla. De pronto, se oyeron pasos que se acercaban... Madre divina! Ellos eran! Flaqueáronles las piernas: se les anudó á ambos cónyuges la garganta, á pique estuvieron de soltar los instrumentos defensivos... y la voz de la criada exclamó con temeroso acento desde afuera, al par que sonaba en los cuarterones de la puerta un repique dado con los nudillos:

— Señor, señor, levántese por la Virgen! Que no sé quien anda en casa.

Aquella voz amiga dió alientos al matrimonio; sobrepúsose él á su inquietud, y abrió la puerta del dormitorio. Cristo de los afligidos! con qué extraños arreos surgieron de las sombras las figuras de ambos cónyuges, al romper las tinieblas la luz del velón que la muchacha traía! Ah, si entonces hubieran visto sus compañeros de milicia al sastre procaz y matásiete, patriotero, vocingleador, lívido como un difunto, con los ojos espantados, sudando de pánico y esforzándose en aparecer tranquilo! La misma incoherencia de sus ropas, aquel pantalón de cuadros, de paisano, el primero que encontró en la percha, jugando con el enorme chacó de plumero de grana, y con el mantón de mujer anudado



á la espalda, que temeroso de una pulmonía llevaba el tío Tragagentes, probaban á la legua que su aturdimiento había sido tan grande, como el de señá Abundia, que luciendo en la cabeza la cofia de noche, abrigándose el cuerpo en defecto del pañolón que no había encontrado, con la casaca azul con peto y charreteras rojas de su esposo, y no pudiendo ante la pesadez de sus obesas carnes concluir de vestirse, seguía-le con solo el miriñaque sobre el refajo amarillo.

III

En estas seguía el ruido del taller cada vez más fuerte; y oíase bien claro el rascar del berbiqui en la madera. El tío Tragagentes registró el gatillo del fusil para convencerse de que andaba listo; miró con énfasis á las dos mujeres para disimular el propio miedo; les dijo en voz pretencioso de enérgica, pero temblona y apagada: adelantel y él primero, obligado por la negra honrilla, ojo avizor y arma presta; señá Abundia detrás sable en mano, y la criada á retaguardia velón en alto y alumbrando el camino, emprendieron la marcha despaciosamente, alargando el cuello cuanto podían para ver mejor y detenién-

dose cada vez que la luz vacilaba combatida por alguna ráfaga de aire.

Ea, llegó el momento crítico; he ahí el taller; preparó el tío Tragagentes su fusil, apuntó á la puerta y gritó con ahogado tono: Quién va? Nadie le respondió palabra y el alarmante estrépito continuaba. Cómo explicarse aquello?... Quién vive?... volvió á decir el sastre perdiendo por momentos el poco valor que le sostenía. El mismo silencio que antes. Era preciso arriesgarse y penetrar en el obrador misterioso, pero quién entraba? Como la cuerda se rompe por lo más flojo, tocóle á la sirvienta tal cometido, y trémula, azorada, obedeciendo al mandato de su amo, dejó la pobre muchacha el candil en un rincón de la estancia y alzó el pestillo de la puerta. Señá Abundia sintió que la luz le huía; bailáronle al tío Tragagentes las pantorriñas, y el fusil le tembló en el aire respondiendo al traquetear de los brazos que lo sustentaban; empujaron por dentro la hoja de la puerta, y disparado, con la pelambre fosca y los ojos brillantes salió por el resquicio un enorme gato blanco, corriendo en tres pies, y con una mano encogida y sujeta por la trampa de una ratonera que colgaba de la pata del animal zaran-

deándola. El animal, mayando con furia, pero con apagado timbre, pasó por entre las piernas del sastre, y se perdió de vista con su cepo de alambres á cuestras.

IV

Aquella aparición inesperada fué el rayo de sol que disloca las nubes. Como no se les ocurrió una cosa tan sencilla! No había que cavilar mucho para explicarse lo acontecido: á despecho de la vigilancia de señá Abundia, que de ninguna suerte permitía entrar al gato en el taller por causa de ciertos riegos que estropeaban las telas, el gato se había colado en el obrador, y allí se quedó, probablemente durmiendo á sus anchas sobre la ropa. Despertóse luego y quiso salir; tal vez indignado de que menoscabasen sus funciones, le dió un papirotazo á la ratonera que en la habitación tenía el sastre; acaso entró en ganas de mendarse el queso del cebo, y metió la mano en la trampa, ello es que cayó en el garlito, y al verse preso, comenzó á dar saltos sacudiendo la ratonera contra los muebles para quitársela. Nada de particular ofrecía que el tío Tragagentes no oyera

los maullidos del animal, pues hallábase afónico con una ronquera crónica.

La idea de que ya no corrían peligro alguno, devolvió la calma á los conturbados espíritus de los tres miedosos; y soltando la llave á la risa, rompieron en una carcajada descomunal y unánime. Después, el tío Tragagentes bajó su fusil, y echándose las de perdonavidas, exclamó con gran empaque: — De buena se ha librado! Y con la tranquilidad hija de la confianza, abrió de par en par la puerta del taller.

Madre de Dios lo que vieron sus ojos! De pie derecho en el mostrador, sin duda dispuesto á lanzarse sobre los que entraran, apareció el bulto de un hombre confusamente dibujado en la suave luz que el candil despedía. No era, pues, el gato el causante del ruido! Había en realidad un ladrón en el taller! La sorpresa de los exploradores, después de su confianza, fué tan monstruosa, que se quedaron inmóviles, estupefactos, con la sangre agolpada al corazón, á pique de perder el sentido.

Al fin su terror estalló en un grito espantoso; el tío Tragagentes, por un esfuerzo supremo, se echó el fusil á la cara, hizo fuego, y la bala disparada por el miedo, sin puntería alguna, fué á dar por ex-

traño capricho de la casualidad contra el bulto del ladrón, que rodó cuan largo era al suelo. Y tras aquel disparo de valor, amos y criada echaron á correr á un mismo tiempo, soltando las armas, atropellándose, enredándose el sastre en el miriñaque de su mujer, y cayendo á tierra los dos cónyuges y la sirvienta que detrás venía, levantándose luego y siguiendo des-pavoridos su carrera, sin dejar de gritar á voz en cuello: Ladrones! Ladrones!

El ruido del disparo y las voces de auxilio que de la casa del sastre salían, introdujeron la alarma en la barriada. A poco se presentó una patrulla de milicianos con el alcalde al frente; subieron al taller, y de bruces sobre el suelo, con el cuerpo de cartón y la levita atravesada por una bala, halláronse el maniquí que el tío Tragagentes usaba para la primera probatura de prendas y que en su turbación había tomado por un hombre el digno cabo de la milicia.

A la mañana siguiente todo el pueblo hablaba del fusilamiento del maniquí, por su propio dueño, y el tío Tragagentes, el furibundo patriota terror de los moderados, quedó desacreditado en justo castigo á su fanfarronería.



Flores de nieve

A Blanca Rieseráz a cambio de esa "Nana" que canta como lo que ella es: como una artista

LA primera vez que, como suele decirse, me lo eché á la cara, me fué repulsivo, ni más ni menos que si hubiera tropezado con el mismísimo diablo en persona; luego, la costumbre de verle me hizo transigir un tanto con él y hasta llegué á saludarle siempre que le encontraba al paso; después rompióse el hielo de la indiferencia y descubri un fondo tan hermoso en aquel hombre, que su trato llegó á serme indispensable y su amistad necesaria.

No le conocía; casualmente se estableció en el pueblo dos ó tres meses antes de volver yo á casa de mi tío; por de contado que la aparición del forastero fué para la villa un acontecimiento de dos dedos sobre la

marca, como las caballerías del señor alcalde. Ahí es nada lo del ojo; un hombre que fija su domicilio en un punto, sin rozarse con la gente porque no le da la gana; menudo desacato; un mortal que parece mudo y que no da cuenta á nadie ni de dónde viene ni adónde va, ni qué piensa hacer... abominable, monstruoso, digno de vivir en el desierto... De modo que no puede averiguarse si es rico ó pobre, si tiene ó no tiene dineros, si gusta de estos ó de los otros partidos... ¡Quién sabe!... Acaso sea un pájaro de cuenta, porque su aspecto no peca por lo simpático que se diga...

Figuraos un rostro cetrino muy cerca de verde, pálido en demasía y cuarteado por el polvo y el agua, la frente anublada y con grandes arrugas en ella, señal de tempestades perpétuas; los ojos pequeños pero vivos, muy animosos á las veces y de ordinario conturbados y absortos, con cierta expresión de cansancio bien marcada; el pelo negro y crespo al rape; partiendo de la mejilla derecha obscura cicatriz viniéndole á morir junto al oído, al que faltaba por completo el pabellón de la oreja; bigotes ásperos, muy tiesos, al modo de leznas de maestro de obra prima; vestido con pulcritud, pero con raida ropa; por lo de-

más, actitud tranquila y movimientos des-
envueltos; carácter de pocas palabras y al-
go misántropo, acaso por disgustos de fa-
milia; aire modesto y mirar bondadoso,
bien que un poco huraño; severo y rígido en
lo preceptuado como deber y con barruntos
de ser muy ordenancista; la edad al rayar
en los cincuenta y la profesión militar, se-
gún las lenguas comineras de la villa; para
alguien que por culto se tuviese, un buen
hombre de los que quedan pocos, de genio
austero, pero de fondo excelente; para el
vulgo ignorante un hombre atrabiliario y
ladino.

Como sucede en los pueblos pequeños,
mil veces al día me encontraba con mi
desconocido; ya los domingos en misa, ya
corriendo las bulliciosas calles del merca-
do, ora en el Casino jugando al tresillo,
ora en el billar con el taco en la mano,
pero siempre muy tieso, impasible, indife-
rente á todo, así en las ganancias como en
las pérdidas, y sin decir jamás esta boca
es mía, ni aun por los azares impre-
vistas del juego; el desconocido tenía con-
migo un punto de contacto; gustaba, como
yo, de los paseos solitarios, y casi todas las
tardes nos encontrábamos en algún de-

sierto caminito ó siguiendo por alguna
senda ignorada.

Nuestras caminatas concluían en cierta
plazuela sombreada por corpulentos casta-
ños, cuyas copas, entretejiendo un ondu-
lante toldo de verdura, cortaban los rayos
del sol, que se deshacían en un fino polvo
de luz al atravesar la malla de las hojas;
una fuente rústica, que arrojaba su hilillo
de perlas de agua por el hueco de una
teja, parecía refrescar el ambiente del si-
tio; bancos de piedra orlaban la plazoleti-
lla, y espesa red de jazmines silvestres, ta-
pizando el muro de mampostería en que
se enclavaba el caño, llenaban de aroma
el paraje. Sin embargo, á excepci6n de mi
desconocido y de mi humilde persona, na-
die se acordaba de tan ameno retiro. Lle-
gábamos, nos saludábamos inclinando li-
geramente la cabeza por vía de saludo y
cada cual se aposentaba después en su
asiento de costumbre, á meditar mi hom-
bre y á leer yo, sin que entre ambos se
cruzara nunca ni media palabra.

Una tarde, al entrar en la plazoleta, nos
encontramos la red de jazmines completa-
mente en flor; comenzaba el mes de Mayo
y todos los capullos se habían abierto, rom-
piendo la clausura de los petalillos de seda;

el verde tapiz del muro hallábase ahora salpicado por una lluvia de estrellitas blancas.

— ¡Ya tenemos flores de nieve! — dije al sentarme, y un recuerdo triste me acometió á la vez, arrancándome de la boca y del corazón esta frase: — ¡Pobre criatura!

Mi desconocido meditaba en su banco. ¡Oh milagro! Apenas me senté en el mío, mi silencioso acompañante me preguntó, con la vacilación de la poca confianza:

— ¿A qué llama V. flores de nieve?

La curiosidad, que, según el célebre dramaturgo inglés, tiene nombre de mujer, toma á las veces aspecto de hombre; la estatua se animaba.

— A los jazmines — contesté. — Pero no es mío el adjetivo; se lo puso una pobre niña cuya vida no duró más que la de estas flores...

— ¿Y por eso tiene V. predilección por este sitio?...

Yo había llegado á creer que el desconocido era mudo, pero iba descubriendo que, como á cada cual de sus convecinos, no le faltaba la lengua.

— Me trae á la memoria un recuerdo muy triste; le diré á V. porqué.

II

Hace cuatro ó cinco años, concluidos mis estudios de facultad, restábame únicamente hacer los ejercicios de licenciatura, y para prepararme de mejor modo y más conciencia, dado que ya no necesitaba asistir á clase, dejé la corte en aras de la economía y vine aquí, con mi tío, donde sobre no gastar, estudiaría el doble, aunque sólo fuera por no aburrirme. Con efecto, trasladé al pueblo mis reales, busqué el lugar más retirado de sus alrededores para trocarlo en gabinete de trabajo y dicho y hecho, la plazoleta en que nos encontramos todos los días me pareció que ni de encargo para mi intento. Pero, amigo mío, el hombre propone y Dios dispone; sin duda, al mismo tiempo en que yo me fijé en tan ignorado retiro, debieron atisbarlo otras dos personas, una señora y una niña, que á poco de instalarme en mi *insula* vinieron á compartir su soberanía conmigo. La señora alcanzaría los cuarenta otoños y en su cara se vislumbraba mucha amargura; la niña era un querubín de ocho años, fresca como una rosa

recién abierta, blanca, con una blancura mate é interesante, y con una aureola de cabellos rubios al rededor de su rostro, que le formaban como una greca de mechones de trigo; vestían pobremente, pero con aseo, y la madre se hallaba siempre triste, la hija siempre alegre y ambas juntas como la sombra y la luz.

A la verdad, su compañía turbaba el silencio necesario para mi estudio, pero era tan amable la presencia de la niña, que á pesar de decidirme por otro sitio solitario, no pude por menos, contra mi voluntad, de seguir concurriendo á la plazoleta de las flores de nieve. Pronto intimamos unos y otros; al principio la niña me miraba con recelo y casi no se atrevía ni á correr; después decidióse á saltar y á brincar sin mover mucho ruido; más tarde llamáronle la atención las láminas de la *Historia Universal* de Cantú que yo estudiaba. Un día las miró desde lejos; otro acercóse de puntillas alargando el cuello; yo la alenté con una caricia, y con la inocencia propia de la infancia, concluyó por acercarse á mi, se sentó sobre mis rodillas y me suplicó con encantadora gracia que le enseñase aquellas estampas tan bonitas. Pronto fuimos grandes amigos, y la locuela llegó á

hacer de mí cuanto se le antojaba; revolvió mis libros, me obligaba á que diera á la comba, y á que le cogiera mariposas y á que matase los lagartos, y yo, dando treguas á la ciencia, trocado en un monigote, la obedecía sin replicar palabra; llegué á profesar á la niña un cariño verdadero; su madre me rogaba con mil protestas que dispensase el atrevimiento de la criatura, pero al ver mi bondad, concluyó también por salir de su reserva y supe que la desgraciada vivía ausente de su esposo, que el infeliz, militar de profesión, vegetaba emigrado por causa de sus ideas políticas, que á fuerza de trabajo les mandaba lo necesario para no morir de hambre, y que el pobre padre apenas si conocía á su hija, por haberla abandonado de pocos meses; me inspiró lástima profundísima, créalo V., aquel infortunio ignorado, aquellas lágrimas silenciosas que no enjugaba nadie.

Una tarde de primavera, ¡no la olvidaré nunca! la malla que tapiza el muro de esta fuente nos la encontramos cubierta de florecitas de jazmín; en cuanto las vió la niña empezó á palmotear y á gritar:

— Mamá... ¡Señor estudiante!... Así me llamaba. ¡Ya tenemos flores de nieve!...

¡Qué gusto!... ¡Qué gusto!... ¡Voy á llenarle á V. el libro de jazmines para que huela bien! Y esto diciendo me atestó la *Historia Universal* de florecitas.

¡Dios mío! Una tarde faltó la niña, lo que atribuí á cualquier circunstancia fortuita; pero tampoco acudió al siguiente y empecé á alarmarme. Por desgracia, mis temores se cumplieron; mi amiguita estaba en cama. ¡Fui á verla y la encontré en un estado!... Palidita, descajada, con los ojos hundidos, presa de una fiebre nerviosa intensísima. En cuanto entré en la alcoba me conoció la enfermita y se empeñó en que me quedase con ella y le refiriese cuentos: no hay para qué enumerar lo que pasamos su madre y yo; el médico luchó como un héroe, yo no me separé del lecho ni un instante; todo en vano. La muerte la cogió como cosa suya y una hermosa mañana en que el sol brillaba con toda la espléndida alegría del mes de mayo voló para no volver más. A los tres meses, incapaz de resistir tantos contratiempos, descansaba la madre en el cementerio del pueblo junto al cadáver de su hija. ¡Pobre Margarita, y pobre doña Patrocinio!...

Cuando concluí mi relato sentía hondos cosquilleos en los ojos, pero me dió ver-

güenza que me los adivinara mi desconocido; tal es la condición humana. Pero mi hombre no era tan susceptible; lloraba en silencio y me miraba de hito en hito á través del turbión de sus lágrimas.

— ¿Le ha conmovido á V. mi historia? — le pregunté. Y entonces el desconocido me respondió pausadamente y con honda tristeza:

— ¡Ya ve V., Margarita era mi hija y doña Patrocinio mi esposa!...





El lavatorio de la muñeca

NADA, de aquella mañana no pasaba. Ya estaba ella harta de oír á las chicas de la quinta de al lado que su muñeca parecía un carbonero. A la verdad no les faltaba

razón, y la niña lo comprendía así; el pobre *bebé* era solo en la casa de campo de los abuelitos; no tenía allí Luisita otro con que alternar, y es claro, en fuerza de tanto jugar con él, y de sacarlo al sol y de llevarlo á paseo por el soto, el polvo de los caminos y carreteras le había puesto la cara hecha un tizo. La desgraciada muñeca mostraba un rostro renegrado, en el que no se conocían carrillos, ni mejillas, ni labios, ni nada de rosa; una gran costra de roña cubría desde el cuello á la frente todo el cutis: se hallaba feísima.

Pero de aquella mañana no pasaba. Luisita cogió su muñeca, fuese á la alcoba de su abuelita, que andaba por el huerto á la sazón, y aprovechando el momento de no encontrarse nadie en la estancia, cogió una esponja, la sepultó en el agua, y de que estuvo bien empapada, la sacó, estrujándola un poco para que escurriera, y en seguida comenzó á lavar la renegrada cara del *bebé*. La porquería de la muñeca era muy antigua; sin embargo, frotando bien, saldría la antipática costra, y la muñeca recobraría su hermoso color primitivo.

Mas ¡oh dolor!... El refregón de la mojada esponja se llevaba la corteza negra de mugre que obscurecía el semblante de la

muñeca; pero á la vez arramblaba con el sonrosado del cutis de cartón, y el *bebé* se había quedado blanco como un busto de yeso... Al ver Luisita la rara apariencia que la muñeca ofrecía con aquella palidez de estatua de mármol, tiró enojada la esponja y suspendió el lavatorio, poniéndose á secar al *bebé* á escape y corriendo, antes de que perdiera más. Pero el mal ya estaba hecho; la piel de la muñeca perdió, eso sí, su barrizal de porquería, pero con la bazofia salieron los envidiables colores que poseía cuando la compraron, asomaron los granitos del cartón, y se le trocó el semblante en un papel...

Luisita no pudo resistir el golpe; primero se incomodó, tiró la esponja y la muñeca, y rabió los imposibles; luego, al considerar su falta de tacto y al pensar que se había quedado sin *bebé*, rompió á llorar, y afligida toda, contemplando en silencio la cara de *alown* de su hijita de cartón-piedra, la sorprendió la abuelita al retirarse del huerto. Había sido muy torpe; era indudable; pero de los escarmentados nacen los avisados, y pasada su aflicción, prometióse Luisita no volver á lavar el rostro á ninguna muñeca, así llegara á tener en la cara una capa de grasa de un

dedo; más valía un *bebé* sucio que no con aquel aspecto de cadáver.

II

Un día le dijeron á Luisita que sus papás habían recibido otro niño de París, un niño gordito, blanco y rubio, al cual tenía que querer como Dios manda, puesto que era su hermanito... La idea de este muchacho no se borraba de la mente infantil de Luisita; y por lo que le decían sus abuelitos, había llegado á sentir por él un gran cariño... Cuando llegó el invierno, y con el invierno la hora de dejar la casa de campo y los abuelos y de tornar al lado de sus papás, que ya deseaban tenerla en su compañía, Luisita experimentó un verdadero júbilo... ¡Iba por fin á conocer al niño gordito, blanco y rubio, que trajeron de Francia á su mamá!...

Por el camino, en el tren, Luisita abrumó á preguntas á su abuelo... Todo lo quería averiguar... Dónde iban los caballos del ferrocarril; por qué había rails en el camino; qué pueblo era éste y qué río aquél; y de cuando en cuando hablaba con el anciano del hermanito, del niño recién llegado de Francia...

La entrada de Luisita en casa de sus papás fué un acontecimiento. Se marchó enclenque, encanijada, palidita, anémica, débil, no tenía gana de comer, parecía imposible que viviera, y regresaba fuerte, recia, colorada, robusta, dura, con buen hambre y rebotando salud por todos sus poros. Su madre se la comió á besos, la abrumó á caricias, no sabía separarse de ella, y su padre también la cogió en brazos y la sentó sobre sus rodillas... ¿Y el niño? En seguida se lo enseñaron. Era un angelito rubio, muy redondo, con unos colores de rosa que daba gozo verlo; diríase que le iba á saltar la sangre de los carrillos; debajo de la barba, en las mejillas, en las muñecas se le formaban bolsas de carne de puro gordo y mantecoso.

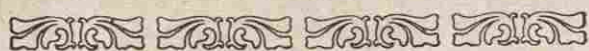
En éstas iban á vestir al niño y la criada trajo un cesto con ropas, una palangana y una enorme esponja. Luisita no había visto nunca aquello; repentinamente se acordó de algo y se puso seria. Desnudaron á la criatura; su cuerpo era todo una hoja de rosa; ostentaba un encendido tal en la piel de sano y robusto que diríase que le acababan de frotar el cuerpo. El niño, protestando á su manera del acto, berreaba de lo lindo, produciendo sus gemidos una

extraña impresión en su hermana que miraba la operación de despojarle de la ropa con los ojos muy abiertos.

De pronto advirtió que su madre empapaba la esponja en el agua, y se disponía á pasársela al niño por el cuerpo; la remembranza de su descolorida muñeca le vino á la memoria, y abalanzándose hacia su hermanito como para defenderle, gritó Luisa, con la inocencia de sus cinco años:

— No le laves, no, mamá... ; No le laves, que se va á despintar !...





La Caballada

A Eduardo Moreno de la Santa

— ¿Queréis los alfileres?...

— Aquí están.

— Pues vamos á ponérmolos...

Los siete chiquillos se sentaron en un largo poyo de piedra adosado al corral del mesón, y ayudándose unos á otros, á la chita callando, se colocaron en los borceguies, entre el contrafuerte y el tacón, recios alfileres en guisa de espuelas, que quedaron sujetos por la cabeza; después todos los muchachos menos uno permanecieron en la esplanada aguardando algo, y el uno que se apartó de sus compañeros, y que era hijo del posadero, se entró en la venta, disimulando la alegría que se le transparentaba en el rostro.

Les esperaba una buena mañana á los

siete amigotes. En cuanto al chico del posadero vió entrar días pasados por las puertas de su casa aquella larga recua de asnos cargados de ladrillos, y se enteró de que los burros pasarían allí dos ó tres días, hasta que recogieran varios cahices de yeso que estaban para llegar á la venta en el carro del ordinario, formó el propósito de dar un paseo sobre alguno de los respetables jumentos, y se le ocurrió convidar á sus condiscipulos de la escuela.

¡Dios santo! qué efecto produjo á los chicos la noticia, cuando el hijo del posadero les dijo con misterio reuniéndolos en un grupo:

— *¿Queris* entrar en una que voy á armar?...

— Tú dirás — replicó el mayor de ellos.

— *¿Queris* que armemos entre *toos* una caballada?... Pues, mirar... En casa hay ahora siete burros que ha traído con ladrillos el tío Celipe y que están en el corral... Mañana por la mañana me esperáis muy tempranito en la puerta zaguera, yo sacaré los borricos, nos montamos y nos vamos por ahí, á dar una vuelta como si fuéramos *soldaos*... ¡Ah!... *Tenis* que hacemos espuelas con alfileres, y os las ponéis en los borceguies... *¿Os conviene?*...

¿Que si les convenía?... ¡Dios santo!... Pues menudo alboroto se les armó en el corazón á todos en cuanto oyeron á su amigo... En seguida, con el aturdimiento y la algarabía de un tropel de pájaros cayendo sobre una misma miga, comenzaron á charlar y á discutir y á proponer el sitio para la gira.

Al cabo, tras de mucho hablar, quedaron conformes en que sería por el atajo de los Fresnos, que les conduciría al prado del tío Macario, donde podrian correr á sus anchas.

Hé aquí, pues, que había llegado la hora.

En cuanto los rapaces vieron que su compañero salvaba la puerta de carros de la posada, se marcharon á la puertecilla zaguera del corral, y pegados á la tapia esperaron temblando de miedo de que se descubriera su intentona. Mientras, el chico del posadero entró en el corral, mirando á todos lados con cautela; la suerte le favorecía; apelonados, cual durmiendo tirado en el suelo, cual oliscando el piso en busca de hierbecillas, cual apoyando su cuello sobre el de un compañero, se hallaban los borricos en pelo y con sólo el ronzal puesto; en un rincón encontrában-

se formando una barricada de esparto, las albardas, el chico pensaba sacar los jumentos desnudos, sin atavíos, pero la vista de las albardas le metió en el cuerpo el deseo de atalajar por lo menos su caballería. Con exquisitas precauciones cogió, pues, el albardón que remataba el grupo, y en un dos por tres, con la ligereza de los catorce años y la maña del que no acomete tal operación por primera vez, perguenó su buche, y ya arreglado, en silencio, fué empujando á los animales hacia la puerta zaguera que daba al campo, la abrió y obligó á los asnos á salir uno á uno; nadie le había oído; á juzgar por la altura del sol debian de ser las seis de la mañana, y en la posada apenas si se escuchaban los primeros ruidos de la gente que comenzaba á despertar.

En cuanto los rapaces atisbaron á los borricos, atropellándose para llegar los primeros como si no hubiera para todos, se abalanzaron á ellos; cada cual atrapó por el ronzal un rucio, y este muchacho haciendo estribo de un pedrusco, aquel subiendo de un brineo, el otro pidiendo auxilio á su compañero, montáronse en un periquete y aguardaron á que se diera la señal de partida. Antes pudo ocurrir un

conflicto que diera al traste con la expedición al distinguir al jumento albardado, que se quisieron disputar á una; pero el chico del posadero declaró que le pertenecía, y acatando su autoridad, contentáronse los demás mocetes con sus cabalgaduras sin paramentos.

— ¡A formar! — exclamó el chico del posadero que ejercía de jefe.

Todos se alinearon, y en seguida el chico del posadero, olvidando la más rudimentaria prudencia, creyendo acaso que desde allí no oirían nada en la venta ó anhelando echar á correr y alejarse, gritó otra vez con voz de mando:

— ¡Al galope!.....

Y obedeciendo sin vacilar, clavaron, los siete muchachos de golpe los alfileres en su burro respectivo y le azuzaron con el ronzal para que arrancara. Lo que allí pasó no tiene descripción posible. Los pobres animales, con unanimidad sorprendente, estremecidos de dolor ante el tremendo é inesperado pinchazo, bajaron la cabeza, que hundieron entre las manos, y comenzaron á dar pares de coces al aire, á la vez que saltaban y se revolvían con una vertiginosa furia. En el acto, sorprendidos por aquel baile, imposible de resis-

tir en pelo, á pesar de sus esfuerzos por mantener el equilibrio, rodaron los chiquillos por el suelo, escurriéndose por las orejas de las cabalgaduras, y en un instante se formó en tierra una barricada de muchachos; tan solo uno no cayó; el chico del posadero que llevaba su asno con albarda puesta y que resistió los saltos, aunque estando á punto también de medir el piso con las costillas.

El chico del posadero iba delante con su burro; advertido de lo que sucedía, por lo que á él le pasaba y por el estrépito que oyó á sus espaldas, tiró del ronzal al jumento, consiguiendo pararle tras de mil apuros, y la boca se le llenó de risa al volverse y ver á sus compañeros echándose mano cada cual donde le dolía, mientras los ladinos jumentos, libres de sus jinetes, corrían que se las pelaban por los terrenos colindantes con el camino. No le duró mucho al capitán, sin embargo, su alborozo; guiado quizás por el estruendo, apareció en el lugar de la catástrofe, trasponiendo la esquina de la casa, el posadero en persona, el cual, al distinguir á los derengados chicos y á los espantados ruicíos, gritó iracundo dirigiéndose á su hijo:

— ¡Ah, bribón, pillastre! Ya me figuraba

yo esto al hallarme el corral sin los burros de los ladrillos... Ahora te daré yo á ti escapatorias...

Y cogiendo del ronزال al burro en que el muchacho cabalgaba, le obligó á dirigirse á la venta, sin que el chico, presumiendo lo que le aguardaba, se atreviera á mover los labios. En estas llegaron dos ó tres mozos del mesón, apresando entre todos los dispersos borricos; el posadero se encaró después con los chicos que medio renqueando, se diseminaron apretando á correr, voceándoles antes de perderles de vista:

— Andad... que yo se lo diré á vuestros padres.....

Luego se entraron todos á la posada por la puerta zaguera del corral, y aquel día, en premio á su expedición, almorzaron los siete amigos una tanda de azotes que apagó para siempre su entusiasmo por la caballería.



El mejor regalo

I

VENÍA razón su mamá: todo llega en este mundo. Cuidado que á él le parecía que aquel diantre de día de su santo estaba cada vez más lejos, y no pasaba nunca por delante del San Juan de la sala, que no le pidiera por favor que apretara un poquito el tole. Todos los bazares le tiraban de los ojos con el atractivo de sus escaparates espléndidos, y en seguida se acordaba de su santo. ¡Vaya una escopeta honita! ¡Si se le ocurriera regalármela al abuelo!... Después atisbaba en otra tienda una caja repleta de soldados, y pensaba para su capote, que los tíos no harían nada de más obsequiándole con aquel precioso batallón que se dejaba en mantillas al fusil. Luego descubría un caballo de tornillo, que gritaba desafortadamente: ¡montadme! Bien podía la tía viuda, que era muy rica, comprarle

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO R. YAGÜE"
Año. 1925 MONTERREY, MEXICO

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE BAHIA DE VOLLERON

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

la mecánica cabalgadura. Así, contando día por día los que faltaban para el de su aniversario, soñando despierto, forjándose hipótesis, disponiendo de antemano de los juguetes elegidos, aunque no recibidos, hojeando el almanaque, se le fué el tiempo y se encontró cuando menos lo sospechaba que el calendario le deseaba respetuosamente mil felicidades.

¡Al fin! ¡Si le parecía mentira!... Había llegado la fecha de la dicha, el instante solemne en que vendrían los juguetes á su casa. El gozo no le cabía al niño en el cuerpo; todo el día sonando la campanilla; el abuelito, los tíos, los primos, la tía viuda, ninguno había dejado de acudir á la dulce cita de su santo, cargado de su cachivache. Una caja de soldados de pasta; otra con árboles, vacas y granjas; un fusil y un ros; un caballo de tornillo; ¡quién sabe los juguetes que se le acababan de entrar por las puertas! Aquella mañana no almorzó el rapaz, se le fueron las ganas y sólo tuvo gusto para formar la tropa y las reses y para pasarse las horas muertas armas al hombro, recorriendo la casa al son de una alegre marcha que tocaba él mismo imitando con la boca tambores y platillos.

Un triunfo costó llevarle por la tarde á paseo, no quería ni á tres tirones; al cabo su mamá consiguió que se despojara de sus hélicos arreos y se vistiera el traje azul de salir y se lo llevó la niñera con el hermanito pequeño al salón del Prado. Al bajar la escalera hallábase el chicuelo de la portera sentado en el último escalón, jugando con cuatro ó seis aleluyas; su madre bruñía mientras tanto con una gamuza la esfera dorada de la barandilla de la escalera. ¡Toma!... ¡Pues no se había acordado!... Si también era el santo del chiquillo de la portería... En el acto viniéronle al niño á la memoria sus juguetes, y entró en ganas de conocer los del chicuelo. Acercóse, pues, á él con esa graciosa audacia de la niñez y le preguntó de buenas á primeras:

—Oye, ¿qué te ha regalado tu mamá por el día de tu santo?

El mocososo de la portera levantó su morenilla cabeza, recogiendo por instinto sus aleluyas, miró al niño y no respondió al pronto; su madre, que había oído la pregunta, se adelantó á su hijo y sin dejar de bruñir la bola con la gamuza, repuso con cierta tristeza:

—¿Qué quiere V. que le regale, señorito,

si soy una pobre viuda más ahogada que las ratas? ¡Pues no le he podido dar más que un beso!...

Los diez fresquisimos años del niño, no ensombrecidos aún por nube alguna, no podían comprender la amargura oculta en aquellas palabras. El niño, pues, sólo se enteró de que al muchacho de la portera no le había regalado su madre más que un beso, y acordándose de sus soldados, de sus vacas y de su fusil le pareció tan insignificante el obsequio que pensó para sus adentros, continuando su camino:

—Pues, señor, yo quiero mucho á mi mamá, pero lo que es un beso no es ni mucho menos un regalo.

II

Al año siguiente, el santo del niño fué muy triste; como el anterior, el abuelito, los tíos, los primos, la tía viuda, le trajeron soldados y armas de juguete, pero todos los parientes vestían de luto: él también llevaba traje negro, lo mismo que su padre, y en su casa no repercutían como otras veces risas de alegría, voces de júbilo, ese rumor de felicidad que en los días

solemnes forma el coro de los hogares honrados; su madre había muerto ocho meses atrás, dejándolos solos para siempre.

¡Qué diferencia de ayer á hoy! El año pasado su madre le había hecho el flan que tanto le gustaba y había jugado con él ayudándole á formar los soldados en la mesa del comedor; por la noche se reunió toda la familia; hubo dulces y licores... ¡Quién dijera entonces que pronto la muerte se llevaría á la que era la alegría del hogar!... Ahora nada; nadie hizo ningún flan, ni ningún convidado asistió al almuerzo, ni se celebró tertulia por la noche... La casa se hallaba desierta, solitaria, sombría, llena por entero de una tristeza enorme; la ausencia eterna de su pobre mamá, tan tierna, tan cuidadosa, tan amable, resultaba cada vez más sensible.

No quería ni acordarse de ello. Un día cayó en cama; al principio no se juzgó peligrosa la dolencia; se avisó al médico por pura precaución, y con profunda sorpresa de todos, que se dieron cuenta del golpe cuando ya no tenía remedio, una semana después estaba la infeliz en el camposanto. Fué una cosa horrible, de la noche á la mañana se encontró huérfano, sin madre, sin otras alas protectoras que las de su

padre, quizá más vigorosas y varoniles pero menos tiernas y delicadas. Todos estos recuerdos se le agolpaban al corazón en un día tan clásico.

Pero los once años del niño, heridos por la primera amargura, eran al cabo once años purísimos y acogió con embéleso los juguetes; sin embargo, no habían vuelto aún ni la risa á su rostro ni la alegría á su corazón; formó la tropa á la sordina, sin tararear marcha, sobre la mesa del comedor, pero no se puso el correaje, ni cargó con el fusilillo, ni recorrió la casa como acostumbraba á hacer cuando su madre vivía. Aquella tarde celebraba también su santo el chico de la portera; cuando el niño bajó á la calle le vió en el cuchitril del portal, acompañado de su madre que le remendaba tranquilamente una chaqueta.

El niño acordóse entonces de su pregunta del año pasado y de la respuesta de la portera; se acordó de que la pobre mujer no había podido regalar á su hijo más que un beso; súbitamente le vino á la memoria la imagen de su madre, de aquella madre que tanto le quería, y que nunca se apartó de su lado; consideró su casa fría, silenciosa, triste; pensó que si el mocoso

aquél no tenía fusil, soldados, ni caballo de tornillo, no le faltaría, en cambio, aquel beso que su madre le regalaría por ser su santo, y considerando que los labios maternos valían más que los juguetes, pensó con el alma y los ojos llenos de lágrimas:

—¡Quién tuviera otro beso igual al del chico de la portera!





¡El maldito mapa!

CARA muy mala persona aquel muchacho; la mayor parte de los días hacía novillos y se iba al arroyo á coger cangrejos y cuando asistía á la escuela no dejaba en paz á nadie, no atendía nunca á la explicación del maestro, se reía, jugaba y concluía por alborotar la clase y obligar al profesor á levantarse y á darle un par de buenos pescozones, para que se estuviera quieto. ¡Y si por fin brillase por su aplicación!... ¡Pero cá!... No le había más desaplicado!... Una semana llevaba sin aprender ni palabra de las lecciones... Eso no se podía tolerar, no podía aguantarse; una semana trayendo de memoria el mismo trozo y ni siquiera sabía una jota... ¡Pues ya vería lo que le pasaba!... Precisamente el maestro tenía autorización de su padre para reventarlo por holgazán...

Apenas entró en la clase aquella maña-

na y se sentó en su sitio, le dijo el maestro, con cara de vinagre: ¡A ver!... la lección... El chico se puso de pie muy colorado, balbuceó, miró al techo, quiso pronunciar algo y concluyó por no despegar los labios; como siempre, no la sabía... ¡Ahora mismo, de rodillas al portal, para que todo el mundo se enterase del castigo, para que el pueblo entero le viera... ¡Que tomara el mapa de España, el del marco que pesaba una atrocidad y que lo sostuviera á pulso hasta que se le ordenara bajar el brazo!... ¡Qué vergüenza de criatura!... El maestro concluyó su homilia descargando un furioso puñetazo sobre la mesa para dar más energía á sus palabras.

El mocito no lloraba ni protestaba, con los ojos torvos miraba á hurtadillas al maestro, muy sombrío el rostro y sacando un hociquillo tremendo, de coraje; pero era preciso obedecer y refunfuñando por lo bajo para no hacer amistades con la palmeta, cargó el chiquillo con el mapa y se dirigió al portal.

— ¡Deje V. la puerta abierta para que yo le vigile, voceó el domine con hueca voz!

Así se quedó la puerta; de tal modo el maestro, sin moverse de su mesa, distinguía perfectamente al muchacho.

El chiquillo llegó al portal, se arrodilló, extendió su brazo y sostuvo á pulso el mapa, siguiendo las indicaciones del maestro, pero era el rapaz un truhán de lo fino; en seguida se cansó de lo violento de la postura y comenzó á pensar como remediaría el entuerto, porque lo que es así no podría estar mucho tiempo. Mirando á la pared acertó á descubrir allá arriba, donde llegaba el mapa casi, una de las escarpas en que el profesor colgaba las uvas para que se secasen; una idea luminosa se le ocurrió entonces á la astuta criatura; con mucho cuidado, se ladeó, atisbó si el domine se hallaba en su sitio y advirtiendo que sí, esperó pacientemente mejor ocasión para realizar su plan; al cabo de un rato tornó á escudriñar la escuela; el maestro no estaba ya en su mesa; habíase levantado de su sillón, y andaba por entre los pupitres de los discípulos corrigiendo las planas; esta operación era entretenida; ahora, ahora era la oportunidad.

Entonces alargó el mapa hasta tocar con el clavo; con gran tiento le metió dentro de la anilla del marco y lo dejó suspendido pero sin soltarlo y sin bajar el brazo pareciendo así al pronto que el chico continuaba soportando el peso y sufriendo su

castigo; la cosa duraría poco, pero lo que durase eso ganaba...

La confianza le perdió; aprovechándose de que el domine no se hallaba en su mesa bajó el brazo para descansar... ¡Uy que gusto!... Pero de repente, sin que tuviera tiempo de alzarlo otra vez, el profesor tornó á su sillón, miró al portal y se encontró con el raro caso de aquella carta geográfica suspendida en el aire... ¡Hola!... ¡hola!... El chico se quedó pálido como la cera, más muerto que vivo; el maestro se plantó de un salto á su lado, enterándose de la trampa y pidiendo al atortolado estudiante la mano le arrimó una de palmetazos atroz, odiando desde entonces el mocito la geografía y los mapas.





El Perro negro y el Faldero blanco

TODAS las tardes, á la misma hora, los paseantes que tomaban por aquella calle del Retiro descubrian, sentado en un banco próximo á la estatua de piedra de no sé qué rey austriaco, un caballero joven, simpático, bien puesto, de barba partida, que permanecía allí un buen espacio de tiempo dejándose acariciar blandamente por el sol. Delante de él, un niño como de ocho años, blanco, sonrosado, de melena rubia, derecho y flexible, con la flexibilidad de una vara de junco, y un perrazo enorme, negro, lanudo, de ensortijado pelo corrian que se las pelaban, sin darse punto de reposo.

A primera vista se advertia el cariño que can y muchacho se profesaban; el chico, resplandeciéndole el rostro de júbilo abrazaba con frecuencia al animal, le be-

saba, le decía mil ternezas; si pasaba algún barquillero y su padre le compraba barquillos, el primero era para el tuso, que no aguardaba á que se lo brindasen dos veces. Del mismo modo el perro debía adorar á su amito; en cuanto podía poniale las manos en el pecho, tendiendo á lamerle el rostro; al retozar con el chico jamás le producía daño alguno, y aunque le echara los dientes, no apretaba nunca. Y se entendían... ¡Vaya si se entendían! ¡Menudos diálogos armaban á gritos y ladridos! A lo mejor rodaban por el suelo, y los dos se levantaban riéndose á carcajadas el mocete, y riéndose el chuchó á su manera, sacando mucho la lengua y abriendo desmesuradamente la boca... «*Leal!*... Corre!... ¡Tráeme esa naranja!...» Y *Leal* volaba por ella y la traía con la rapidez de un cohete; y vuelta á rodar el fruto, y tornar á galopar por él el perro, hasta que se acostaba, aullando suavemente, como diciendo: «Estoy reventado.» Al escondite, al toro, al circo... ¡Sabe Dios á las cosas que jugaban!... ¡Bien se divertían!...

Y tenían su público; todas las tardes, un perrillo desorejado y rabón, flaco, astroso, blanco, sucio, pequeñuelo, trascendiendo á la legua á mal comido, venía por

entre el ramaje y se sentaba al borde del paseo á contemplar cómo el niño y el perro negro retozaban. Cuando apareció el primer día, el perro negro fué á escape á olerle y se le acercó con la cola en alto, los ojos encendidos y muy fosco, dispuesto si se terciaba, á arrimar un bocado al mirón; el niño silbó al can, le gritó y le contuvo con la voz; luego se acercó al falderillo sucio, que había echado á huir espantado, deteniéndose al notar que el perrazo negro no le perseguía, le llamó con blandura, consiguió que se quedara quieto, agachado, meneando el pedacillo de rabo que le restaba y le pasó la mano por el lomo para animarle; después le regaló un pedazo de caramelo, con gran escándalo del perrazo negro, que contemplaba absorto tal operación; el falderillo sucio miró al mocete con unos ojos muy tristes y se comió el dulce; un hombre que barria por allí cerca le dijo al niño que aquel can era del guarda.

Todas las tardes, apenas llegaban al paseo el niño y el perro negro, aparecía por entre el ramaje el falderillo del guarda, se sentaba frente á la estatua, junto á la canal del riego, y allí permanecía las horas muertas inmóvil, sin pestañear, es-

perando el barquillo que el niño le daba cuando el galleguillo de la boina atravesaba voceando por allí, al olorcillo de los cinco céntimos del caballero del banco. El perro negro había concluido por no sentir mala voluntad contra su compinche, y hasta quiso jugar con él en más de una ocasión, pero el faldero del guarda era muy tímido ó muy insociable, y nunca se le ocurrió echar cuatro regates con su camarada ni galopar detrás del niño siempre que le achuchaba con su pañuelo de la nariz, queriendo jugar á las corridas de toros; nada, el faldero no quería alternar con ellos.

Un día faltó el falderillo del guarda al paseo... Apenas llegaron, advirtieron el perro negro y su amito la ausencia del grave can... ¡Hombre!... ¿Qué le pasaría? Sin duda estaría malo, porque aunque á veces se retrasaba, no dejaba nunca de venir en busca de su barquillo... Pero en seguida olvidaron al chucho mirón, engolosinados con el juego, y no se ocuparon más de él.

Al marcharse tropezaron con el barren-
dero, y el niño le preguntó:

— Diga usted, buen hombre. ¿Y el perro del guarda?...

El vejete dió de mano á la escoba, se arregló la faja, se quitó la gorra rascándose la pelambre, se la volvió á poner, y replicó muy despacio:

— Pus le han matao, señorito.

— ¿Que le han matado? — exclamó el niño con asombro, mientras su padre, el caballero del banco, añadía, dando al vejete un cigarrillo para buscarle la lengua:

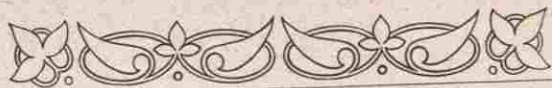
— ¿Y cómo ha sido eso?

— Pus ná, señor — siguió el barrendero, encendiendo su pitillo con un fósforo de cartón. — Allí donde usted le veía, tan encogio, era un perro mu vigilante pa su amo; no se podía acercar naide á la choza del guarda, porque le veía y emprendía á ladrar que dejaba sordo. La otra amanecía por él cogieron tres granujas que andaban robando lilas, y que por lo visto, se la juraron, pues antiyer oyó el guarda unos lamentos muy grandes en anocheciendo, corrió á donde sonaban y se encontró á los tres pillastres, que tenían al falderillo en el suelo y le pegaban una paliza descomunal. Al ver el guarda escaparon, pudiendo prender á uno; pero el perro se murió, porque le habían partido la cabeza de un garrotazo... ¡Si viera usted! ¡Todo el perso-

nal lo hemos sentido, porque el tuso era muy fiel y nos servía de mucho!...

El barrendero no prosiguió, tornó de nuevo á llevarse con la escoba la hojarasca, y el niño se marchó aquella tarde triste á su casa, y hasta el perro negro parecía que iba meditabundo, como si se hubiera enterado también del desgraciado fin del falderillo del guarda.





La pesadilla del Nacimiento

Dios Santo! ¡No le cabía duda ninguna! Aquel estrépito sonaba en el gabinete donde estaba el Nacimiento, y parecía así como si se hubiera armado una pelea descomunal en la habitación. Lo primero que se le ocurrió al niño fué que el gato se había colado en la pieza y andaba por el penasco trota que trota; pero no, se acordaba muy bien de que cerró la puerta con el picaporte, y sólo abriendo una persona podría colarse el animal. ¡A no ser que la muchacha entrara en el cuarto á última hora, y como era tan flaca de memoria lo dejara entornado! Resuelto, pues, á averiguar la verdad, el mocito tomó un candelero, encendió la vela y penetró á escape, más muerto que vivo, en el gabinete.

El cuadro que se ofreció á sus ojos le dejó aterrado. Diríase que por el Naci-

miento acababa de pasar el remolino de un ciclón, trastornándolo todo á su paso. Las innumerables figuritas que el niño compró en la plaza de Santa Cruz, y que



la criada trajo en una cesta, seguían siendo de barro y no habían variado de tamaño, pero tenían vida, se movían, accionaban, hablaban; cuando el muchacho entró en la habitación un coro de chillidos agudos, como de micros-

cópicas personas, llenaban el aire diciendo:

«¡A ellos, á ellos! ¡Que roban á los Reyes!»

La criatura clavó los ojos en el sitio en que estallaban las voces, y descubrió un tumulto espantoso. El lance ocurría en la parte alta de un caminito que bajaba de la sierra; allí, entre dos peñascos, se distinguía á los tres Reyes Magos apelonados en derredor de sus camellos y defendidos por los escuderos que enristaban sus alabardas. Diez ó doce labriegos astrosos y mal fachados les cortaban la retirada, acometiéndoles con garrotes, mientras otros varios, subidos en las rocas próximas, disparaban atrevidas pedradas al tropel de pastorcillos que, soltando sus ofrendas, dejando en el suelo las orzas de miel, el cabritillo ó los panes, echaban cuesta arriba á auxiliar á los apurados Monarcas: un mesón que se erguía junto al lugar del combate estaba ardiendo, sin duda incendiado por los ladrones; un rebaño entero, huyendo por las breñas, se había precipitado en el río rompiendo su cauce de cristal; la alarma cundía por los alrededores; las zagalas huían azoradas lanzando gritos agudos, aumentados por el eco; los ancianos va-

cilaban sin saber qué hacer; lloraban los chicos; tres ó cuatro campesinos de los que volaban en socorro de los Reyes se hallaban tumbados boca arriba, muertos, sin cabeza ó partidos por la cintura; en las diversas casas de aquellos contornos la gente asomada á las ventanas alentaba á los heroicos pastorcillos; en la montaña, varios gañanes corrían que se las pelaban á avisar á la guarnición de la plaza de los Magos, que allá al fondo levantaba sus muros de corcho y sus palacios de talco y alarmados por el resplandor del incendio, por los alaridos de las mujeres que bajaban aterrorizadas al valle, por la fuga de las ovejas y de los perros que se desparramaban por la campiña, trasmitiase el pánico al resto del peñasco hasta el punto de que el mismo San José se asomaba al portal á ver lo que ocurría.

Al cabo sucedió lo que debía suceder; los pastores, más numerosos que los bandidos, los acorralaron, tumbaron por el suelo seis ú ocho que rodaron de peña en peña deshaciéndose, apresaron dos ó tres, alguno se escapó, y los Reyes se libraron del asalto, sacando sus cabalgaduras con las patas y la cola rotas, y aun perdiendo el negro una mano y un escudero media ca-

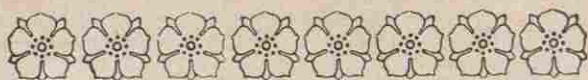
beza; habíase, pues, conjurado el peligro; los labriegos se dedicaron á apagar el fuego trayendo cubos de agua; acudieron soldados de la plaza; la gente paró en su precipitada fuga; fué volviendo la calma; cesaron las voces y el peñasco todo se tranquilizó. Pero ¡Dios mío! En qué estado quedaba el Nacimiento!...

El río de cristal destrozado; un montón de ovejas apelotonadas obstruyéndolo; infinidad de figuras perniquebradas, ahumadas, sin narices; la casa quemada, hecha pavesas; el camino trocado en un arroyo; los Monarcas sucios y rotos; ningún pastor en su sitio; todo ahumado é inservible. ¡Ah! Ya recordaba él, ya, dónde había comprado los ladrones; en aquel puesto de la esquina tan antipático. ¡Si no podía suceder otra cosa! ¡Por diez céntimos cada figura, qué iban á darle!... gentuza. Más cuenta le hubiera tenido á su papá no mercar los muñequetes sino por lo menos de á real por barba, como los Reyes Magos, que eran de lo más fino que se vendía en la plaza de Santa Cruz. ¡Y qué iba á hacer ahora en visperas de Navidad, sin tiempo para reponer lo destruido, teniendo citados á sus amiguitos, que acudirían con sus tambores dispuestos á redoblar hasta que

les dolieran las muñecas? El pobre muchacho no pudo resistir más, sintió una angustia enorme que le subía del pecho á la garganta y le picaba en los ojos, y de pronto, dejándose llevar de la angustia, echó á llorar, y... despertó.

Había sido todo un sueño terrible. Sin embargo, la cosa ofrecía tales caracteres de realidad; el muchacho tenía tan presente la catástrofe del peñasco, que en seguida se echó de la cama, se vistió á escape, abrumado por una zozobra tremenda, y en dos brincos se plantó en el gabinete, abriendo la puerta de golpe. El peñasco se hallaba incólume, las figuras en su sitio, los Reyes seguían tranquilamente su ruta, sin que nadie se metiera con sus majestades, no había ardido casa ninguna, y la más plácida calma se advertía en el hermoso coreho; se trataba, pues, de una pesadilla. Entonces el niño dió una zapateta en el aire, y con el corazón lleno de alegría gritó, dando suelta á su alborozo: ¡Viva el Nacimiento!





El año viejo

No había más que verle para comprender que el pobre viajero no podía con su alma. Era un viejecito decrepito, achacoso, encorvado, de pálidas mejillas, de pómulos salientes y cara chupada y flácida, en la que se retrataban el cansancio y la fatiga; gastaba el pelo y la barba blancas; poseía en el rostro un gran atractivo, y toda la persona trascendía de sí una simpatía extrema; parecía lo que suele llamarse vulgarmente un buen hombre.

Pero lo que extrañaba desde luego en el cansado viandante eran sus ojos tristes, mas no tristes así como se quiera, con una ligera sombra, como esas nubes estivales que nublan un momento el sol y pasan, sino invadidos por una melancolía profunda que se adivinaba que subía del corazón

à empañar con los vahos nostálgicos los cristales de las pupilas; aquel sujeto debía de haber sufrido en la vida grandes dolores, que le habían dejado en las miradas algo de su cerrazón. El caminante llevaba à la espalda un talego repleto que le obligaba à inclinarse, y que le arrancaba de la frente gruesas gotas de sudor, y eso que la tarde no estaba nada apacible y que de allá, de la sierra, se venía soplando un zarzagán cruel que helaba la atmósfera.

Aquella casa, erguida junto à la carretera, donde el viejecito se acababa de detener, presentaba un simpático aspecto; delante tenía un porche sostenido por vigas, debajo del cual se descubrían dos piedras largas de granito, sirviendo de asientos; por una de las vigas trepaba un rodrigón enorme que se montaba en el tejadillo del porche, é hila que hila la parra formaba un toldo de vid, que concluía por agarrarse à una ventana; aquel dosel, cuando los sarmientos tuvieran pámpanos, ofrecería un semblante henchido de dulzura; desde luego se adivinaba allí el caserío con sus humildes habitantes, sus vacas, su establo, su existencia apacible y sosegada, su felicidad...

Debajo del porche jugaban cuatro ó seis

arrapiezos entre los ocho y diez años, que chillaban con el estrépito de un pelotón de chicharras, y reían llenando la carretera de ecos alegres: todos eran sonrosados, frescos, rollizos, mantecosos, con unos cabellos rubios y unos ojos encantadores, y con ese semblante radioso y sanísimo de los chicos criados al aire libre y en el campo, como los chivos y los chotos. Jugaban á perseguirse, al toro dado, y corrían que se las pelaban, rodando á lo mejor por el suelo, y poniéndose como nuevos de tierra; gracias á que sus ropas remendadas no tenían mucho que perder, y ya podían arrastrarse por el suelo sin temor de que se les chafase ninguna prenda; así loqueaban con entera libertad, y el polvo gozaba de amplio permiso para ensuciarles la ropa.

Uno de ellos vió venir al viejecito, se detuvo, y deteniendo á los demás chicos, les dijo, enseñándosele:

— ¡Mira, mira!

Todos se pararon, tendieron la vista al pasajero y esperaron que llegara sin quitarle ojo. Cuando el viejo se acercó, soltó de golpe el talego, recostándolo en uno de los poyos de piedra y respirando con delicia como el que se quita de encima una pesadumbre enorme, después se limpió el

sudor y se sentó, permaneciendo callado algunos instantes. Al cabo exhaló un suspiro y exclamó con cascada voz:

— Buenos niños. ¿Harían el favor de darme un vaso de vino? Estoy molido, no puedo más...

La casera no estaba en la alquería, pero el chico mayor entró en la cocina y salió con un jarro de peleón, diciendo al anciano á la vez que le entregaba la vasija:

— ¡Beba usted!... ¡Pobre señor!...

El viajero se echó un trago, y limpiándose la boca, devolvió el jarro al chico, replicándole con dulzura:

— Ya tengo bastante.

— Beba usted más — añadió el mocete, sin querer aceptar la vasija; pero el viejo insistió y no hubo otro remedio que volver el jarro á la cocina.

— ¿Cuánto es? — preguntó el viejo alzándose su capotón para buscar dinero.

— Nada — replicó el niño. — ¡Pues si no ha hecho usted más que probarlo!...

El viandante pareció conmovido, pero no pronunció palabra; se levantó de nuevo y agarró el saco; todos los chicos le rodeaban mirándole muertos de curiosidad; al fin, el hijo de la casera, animado por haber

hablado algo con el viejo, le preguntó con cierto miedo:

— ¿Pero, tanto pesa ese talego?

El viejo no replicó al pronto, pero al cabo contestó con amargura:

— ¡Cómo que va lleno de desengaños!...

Los chicos no entendieron de qué iba lleno, pero no se atrevieron á insistir, y como el caminante se marchaba, le abrieron paso sin pronunciar palabra. Entonces el anciano se ladeó y les dijo con ternura:

— Vaya, adiós, hijos míos; ¡Habéis endulzado mis últimas horas con vuestro generoso corazón! Soy el año viejo, y como he de ver al nuevo para entregarle las llaves del mundo, yo os recomendaré para que os dé, como merecéis, un año feliz... ¡Adiós!...

Y el viejecito se alejó renqueando, mientras los chicos se quedaban confusos por la despedida del extraño personaje, sin acabar de entender lo que les había dicho.



La apuesta

QUE te calles, chico... ¡Pus no dice que Pencazos viene en el barco!

— Te digo, Felipe, que es aquel que está asomao á la borda...

El pillete no replicó; se tiró hacia arriba con un arranque de rabia los destrozados calzones, que dejaban asomar por los desgarros la carne de los muslos, se sonó estrepitosamente las narices con los dedos limpiándolos luego con ira en la sucia chaqueta, y pataleando con sus pies descalzos en el piso de madera del embarcadero se colocó la mano sobre los ojos en funciones de pantalla para ver mejor. El otro granuja, igualmente desarrapado y mal traído, también sin zapatos ni cosa que lo valiera, alargaba su hociquillo de ratón y miraba atentamente al río, con las cejas fruncidas

y como si quisiera horadar el buque, que avanzaba lentamente en derechura al pueblo.

Mientras, el vaporcito destacaba en la lontananza su casco rojo y su chimenea negruzca, que rebasaba el toldo de lona de la cubierta, arrojando una cadena de pellas de humo y silbando con ese pitido ronco de los barcos cuando avisan su llegada. El río formaba allí por donde el buque aparecía un ancho recodo, festoneado de verdura en ambos lados; á todo lo largo de las márgenes, pegadas á las orillas se descubrían las empalizadas de estacas que defienden las riberas del embate continuo de la corriente, y como si estuvieran dibujados en el fondo azul del horizonte se descubrían aquí seis ú ocho árboles en hilera, empinándose para reflejarse en el agua; allí el tejado de alguna casa que debía de alzarse tierra adentro; más allá un golpe de vegetación que indicaba el espeso plantío de una huerta; la tarde se deslizaba apacible, henchida de serenidad, dorada por un sol espléndido que obligaba á guññar los párpados, cabrilleando en las ondas y charolando el follaje, y el vaporcito, sin cesar en su silbato, avanzaba en diagonal, acertando la distancia y dejando tra-

zada en el río una curva que comenzaba en un burbujón de espuma blanca.

El vapor se acercaba, pitando, despaciosamente, haciendo paf, paf, paf, el abofeteo continuo de las palancas de la hélice en las ondas; á medida que se aproximaba, descubriáanse sentadas en los bancos de la toldilla diez y seis ó veinte personas; descansando sobre la caja que servía de techo á la camareta un baluarte de talegos henchidos de grano, de cestos repletos de hortalizas ó de sabrosas frutas; pero la distancia era grande aún y no se advertían los detalles de los rostros; en vano los dos granujas se desojaban procurando descubrir al Pencazos en el zagalón que venía recostado en la borda; no se le distinguía bien la cara, hundida en la sombra del toldo de cubierta; por un lado parecía él, su misma estatura, su pavero gris... El muchacho del barco se ladeó, el pillete que porfiaba que era él atisbóle un poco de semblante, y entonces, echando chispas de las pupilas, pegó á su compañero una palmada en un hombro y le gritó:

—¿Te empeñas en que no es el Pencazos?

—¡Digo!... —replicó Felipe con aire de burla.

—¿Pues, te apuestas?...

El granuja se quedó cortado, sin acertar á proseguir. ¡Qué demonios iba á apostar! ¡Como no fueran las uñas de los pies! Por no tener, no tenía ni zapatos. Pero su camarada silbaba con tal aire de chungu que, ciego de cólera, se echó una mirada, y no hallándose nada que valiera dos cuartos, exclamó bufando de encono:

—¿Te apuestas dos bofetadas á que es el Pencazos?

—Apostás, —acabó el otro secamente.

El vapor se aproximaba; las personas, los bultos, el buque mismo, recobraban los contornos fijos que la distancia les disfumina; el zagalón de la borda se volvió de frente poniéndose á mirar al río... no parecía el Pencazos; Felipe miró con arrogancia á su compinche y se le quedó contemplando, como escogiendo el sitio en que había de descargarle los cachetes... ¡Sin embargo!... Podía hallarse en la camareta, venir á popa... Todavía quedaba el rabo por desollar... Y el vaporcito en tanto se adelantaba dando las buenas tardes á los desocupados, que aguardaban, según costumbre, en el embarcadero de madera, á los viajeros que regresaban por el río de la capital.

Un chico que acompañaba al patrón en

calidad de grumete se asomó á la barandilla de babor armado de larga pértiga, y en cuanto el barco estuvo cerca enganchó su garfio á uno de los soportes del embarcadero, acercó la nave con suavidad, y la gente, á cuestras con sus cestos, con sus alforjas, con sus cachivaches, fué bajando á tierra riendo y charlando, chillando las mujeres cada vez que una leve huida separaba algo el vapor amenazando con zambullirlas en el agua, llamándose á gritos los que aguardaban en el tosco muelle á los que aún permanecían á bordo.

Y nada; el Pencazos no saltó; todo el cordón de personas desalojó lentamente el buque sin que apareciera el tal individuo, y entonces Felipe se volvió para encararse con su compañero; pero el muy granuja, que ya había visto su derrota, no aguardó á más, y atropellando á la gente que se alejaba vereda adelante con derecha al pueblo, echó á galope antes de que su camarada le agarrase.

Felipe no intentó perseguirle; le vió largarse y le voceó con desdén supremo:

—¡Anda, que ya me cobraré la apuesta!...



El cocinero enamorado

LA suerte les había destinado á vivir en la misma casa de juguetes, bien que ella ocupase por su alcurnia la mayor parte

del hueco, en tanto que él se contentaba con un rinconcejo y estaba tan á sus anchas. Ella era una diminuta muñeca de *biscuit*, que movía brazos y piernas, abría y cerraba los párpados, tenía unos ojos de cristal que parecían dos motas de cielo, unos labios algo gordos, pero rivales de la granada y una regañina de alborotados cabellos rubios de la más fina estopa; se llamaba Emma, y se la había regalado á Consuelito su papá en un día de su santo. Luego, la niña, que se preciaba de mañosa, habíale arreglado á ratos perdidos un ajuar completo, pues la pobrecita Emma vino de París del almacén en cuerecitos vivos que daba lástima verla. Pero, á medida que la muñeca encontrábase engalanada se le despertaba una vanidad excesiva; asegurábase á sí misma que podía llamarse hermosa; no perdía ocasión de consultar con el espejo, y enteramente sumisa al demonio del lujo, no soñaba con otra cosa sino con que su ama la perjeñase vestidos de raso y terciopelo, conque la sacaran á la calle ataviada de corte y con que la pusieran en la consola de la casa.

El era un muñecote bajito y ancho, de piernecillas gordas, asaz barrigudo y con dos mofletes atroces en la redonda y colo-

rada cara, tan alegre como unas castañuelas; sus ojos pecaban de chicos, pero los tenía muy despiertos y simpáticos; su oficio debía ser el de cocinero, pues gastaba un amplio mandil blanco y un gorro enorme de tres ó cuatro pisos y llevaba siempre un cigarro en la boca, el cual, apretando un fuelle que escondía en el cuerpo el pinche, expelía una nube de humo que cegaba; aquel grosero muñeco de cartón, toscamente hecho, se lo había mercadado á Consuelito su ama de cría la buena Jerónima, advirtiéndola que era paisano suyo y que respondía al nombre de Farruco.

¡Pero lo que asombra, Madre de Dios, es que así vivieran juntos dama tan principal y hombre tan burdo! Vea V.; cosas de la casualidad. Al principio ocupó Emma una caja y allí vivió solita algún tiempo; pero un día se acordó Consuelito de que Farruco se quedaba á dormir á la intemperie, sobre cualquier mesa, y no teniendo á mano nada mejor, guardó á mi buen cocinero en la misma caja que albergaba á la muñeca.

Desde entonces hicieron vida común Emma y Farruco, aunque la primera, á quien no debió caer en gracia el huésped, llenaba casi todo el sitio con sus faralares, obligando al pobre cocinero á dormir medio de

pie y pegado á su rincón para no ajar con el roce los vestidos de la señora. Todas las noches, cuando se acostaban, ella en su esquinazo de la caja, separado por tablas del resto de la vivienda y él en su rinconcejo, murmuraba Farruco con voz bronca: ¡Buenas noches, señorita Emma! y ella apenas se dignaba contestar secamente con su voccita aguda: ¡Muy buenas!...

Tales muestras de despego no pasaban inadvertidas para el infeliz cocinero, pero callaba y se pasaba las sofoquinas sin pronunciar palabra. Y á todo esto había concluido por enamorarse de su vecina. ¡Era tan hermosa!... ¡Tenía unos cabellos de oro tan magníficos y unos ojos azules tan puros!... Pero ¡quíá! Cualquiera se atrevía con los humos que gastaba á decirle esta boca es mía. ¡En seguida iba á consentir en casarse con un cocinerote, cuando acaso estuviera concertada ya su boda con el muñeco de la chupa y la casaca que se erguía bajo un gran fanal en la rinconera del gabinete! Tal vez fueran visiones de los celos, pero se le antojaba que entre la señorita Emma y el pisaverde de la rinconera, mediaba más que cariñosas amistades. Lo mejor era callar, y guardó silencio devorando sus amarguras.

Pero el silencio llegó á martirizar al pobre pinche con el tormento de una espina clavada que se hinca cada vez más; al fin comprendió que su amor, encerrado en su pecho, le ahogaba. ¡Yo necesito hablarle, decirle que la adoro! — pensó Farruco vencido por su pasión irresistible. Un día estrenó la muñeca un traje rosa que le caía tan bién, le habían puesto una cinta de seda en la cabeza, con tanta gracia entrelazada á sus guedejas rubias, que le formaban un nimbo de oro al rededor del rostro, que el cocinero no pudo más, y después de fumar mucho para cobrar ánimos, se dijo resueltamente: ¡Hoy me declaro! Y abrió la boca.

— Oye, para que no se estropee en la caja el vestido de rosa y lo luzca, ¿no te parece, mamá, que podíamos guardar la muñeca en el fanal del gabinete? — Así habló Consuelito, pareciéndole á Farruco al oírlo que un trueno seco de los que producen el rayo, se le metía en las orejas; sintió una angustia terrible, dejó de fumar y se empinó sobre la tabla de la chimenea en que se encontraba para ver; en su aturdimiento, ni notó que el calor del hogar le desteñía y arrugaba.

La mamá de la niña asintió al proyecto

de su hijita; en ninguna parte estaba mejor Emma que en el fanal de la rinconera. ¡No había remedio! Farruco, rugiendo de ira, con la muerte en el alma, se tiró á un butacón, loco, queriendo en su insensatez impedir la mudanza. ¡Imposible! Consuelito abrió el fanal y dejó la muñeca con el señor de la casaca y la chupa; Farruco entonces se dijo que no le quedaba otro remedio que morir, puesto que el ídolo de su corazón vivía ya con su rival; y echando humo por postrera vez el pobre cocinero, se arrojó de cabeza en las llamas de la chimenea.

Cuando le sacaron estaba hecho un tizo, y había pagado así su locura, que nunca se ha visto que las señoritas se casen con los cocineros. Todos en la casa atribuyeron su muerte á la casualidad; un descuido cualquiera le hizo rodar de la silla y le sepultó en las brasas; no podía sospecharse nadie que el pobre marmitón, tan honrado y tan bueno, hubiera buscado el descanso en el suicidio, convencido de lo imposible de su amor por la señorita de los cabellos de oro.



La descarga de nieve



ESTABAN esperándole detrás de la esquina, armados los tres chicuelos con recias bolas de nieve... El pasante no tenía otro remedio que atravesar aquella calle para ir a la escuela... Ya le dirían ellos si

se tira impunemente de las orejas a nadie!... Pues no faltaba más!...

Acababa de caer una nevada formidable; á la sazón amainaba un poco el temporal,

pero el horizonte continuaba cerrado y gris, indicando nuevos turbiones; una sábana blanquísima, inmaculada, sin huella ninguna que rompiese su lisa superficie cubría el piso, mostrando tan sólo á las orillas un borde borroso y sucio, amontonado por los vecinos al limpiar un poco las aceras con la escoba, para que no se interrumpiera el tránsito; faroles, barandillas, salientes de fachadas, aleros, tejados, todo mostraba su montera de apretados copos; diríase que una mano pacienzuda había ido dibujando el pueblo con merengue... Aquella calle no era muy concurrida; la turbonada encerraba además en sus casas á los vecinos; no se distinguía, pues, alma viviente fuera de los tres rapaces, que con su cachulla encasquetada librando las orejas del frío, la bufanda retorcida al rededor del cuello, y los recios zapatones hundidos en la nieve, aguardaban en acecho, bola en mano, sin importarles un comino lo bajo de la temperatura, la humedad y el aire sutil que soplabá de la sierra, cortante y afilado.

De pronto... ¡Si, si!... Ahí estaba... Él era, su figura escuálida, larga, aguda, flaca, embutida en el imprescindible levitón de largos faldones, con su cuello de piel de

conejo de quita y pon y su descomunal sombrero de copa alta, rival de la chistera del alcalde, que no podía ver con buenos ojos emulación semejante... El maestro desembocó por una travesía, despacito, tanteando cuidadosamente con la contera de un férreo bastón, andando con exquisita cautela y torció hacia la derecha dando la espalda á los emboscados mozos.

No había que perder tiempo... El más valiente de los chicos se apartó algo de la esquina, le imitaron los demás y puestos en fila, á la vez de uno de ellos que gritó por lo bajo: á una... á dos... á tres... dispararon simultáneamente las bolas de nieve sobre el desdichado pedagogo y en el acto, volviendo grupas echaron á correr escurriendo con suprema prudencia el cuerpo, por si acaso.

El dómine no supo lo que le acontecía; recibió la descarga cerrada sin perder un copo, arrimándole dos de las bolas un buen par de zurrios en los faldones y estrellándose la tercera en la flamante copa del sombrero, se lo apabulló horriblemente sin derribárselo, porque el maestro infeliz lo llevaba encasquetado para librarlo del viento. Pero el blanco montón dirigido con tal acierto no cayó al suelo, se rompió en mil

pedazos, quedándose parte en la hondura del apabullo y deteniéndose la otra en el ala, comenzando á escurrir la nieve, trocando la chistera en un sorbete de mantecado.

El maestro vaciló, estuvo á punto de caer y se afianzó en el bastón por instinto, luego se ladeó trémulo por la sorpresa, sin descubrir á nadie en todo lo largo de la calleja y quitándose el sombrero, sin parar mientes en el peligro de un pasmo, se lo limpió como pudo, restableciendo en lo posible la tersura de la copa y murmurando ¡animales!... mientras los rapaces, muy ufanos de su salvajada, galopaban por una travesía á fin de llegar antes á la escuela, para que al entrar el maestro no sospechara, al pasar lista, que los tres chicos que faltaban eran los que le habían disparado las bolas.





El bicho del reloj

I

Dquel diantre de reloj traía vuelto el juicio á la niñita; bien es verdad que era una pieza que daba gozo verla, con su esfera de porcelana blanca, fina, orlada por una greca de oro y un chicuelo de bronce sentado á lo moro, con su corona triunfal en la cabeza y tocando gravemente con unos mofletes muy huecos el clásico y dulce caramillo. ¡Muy bonito!... Pero lo que tenía muerta de curiosidad á la criatura era el tic tac de la péndola, el golpeteo constante que estallaba dentro del precioso mueble al balancearse la delgada varilla terminada en un diminuto sol... ¡A qué diantres obedecería tal ruido!... La muchachita lo ignoraba, pero su papá, que lo sabía todo, se lo diría... — Una tarde, la niñita se subió sobre las rodillas de su padre que se



sentó á leer un periódico junto al fuego, recostándose en una butaca, y le dijo señalando al reloj aposentado en la tabla de la chimenea :

— Papá... ¿Qué es eso que suena dentro del reloj ?

El papá enfrascado en la lectura no parecía tener grandes ganas de conversación; así respondió evasivamente y sin fijarse, como si quisiera terminar pronto :

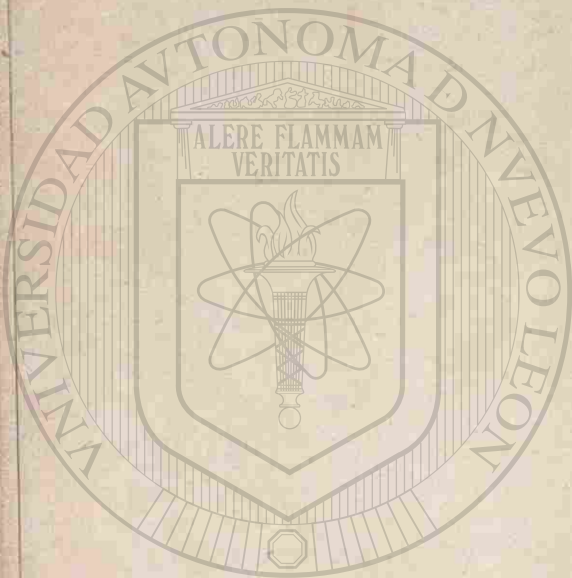
— Un bicho...

¡Un bicho !... ¡Cielos santo !... Quien iba á imaginárselo... El papá seguía devorando el diario, pero la muchachita no se contentaba con tan poco... ¡Digo !... Al contrario... Lo que sentía era muy más excitada su curiosidad... En seguida se le ocurrió que el bicho que terminaba en una cola tan linda, en un sol, debía de poseer una preciosa cabeza... Y en el acto se le antojó ver el cuerpo al bicho que sonaba en el interior del mueble.

— Papá — exclamó — ¿Quieres enseñarme ese bicho del reloj ?

El papá no replicó en el instante; luego, al volver la hoja del periódico, repuso sonriéndose :

—Eres muy curiosa, niña... ¡Los bichos de los relojes no se pueden descubrir, por-



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

que se mueren en cuanto les da un poquito el aire...

¡Bah!... La criatura no se quedó convencida... Es que á su papá no le placía el servirle... ¡Teniendo precauciones!... Pero no dijo nada; la niña era muy lista y comprendió que no conseguiría su propósito; y calló fingiendo conformarse con la explicación, pero alimentando más que nunca en su pecho el deseo invencible de examinar la parte oculta de la péndola... Había que esperar una oportunidad favorable... En cuanto se quedara solo el gabinete se salía con la suya y averiguaba por qué hacía el bicho del reloj tic tac.

II

¡Dios mío!... La ocasión que se hallaba aguardando todos los días... En el gabinete no había nadie; su papá no estaba en casa y su mamá se encontraba enseñando á planchar á la criada nueva... Tenían para rato... Ahora era, pues, el momento propicio.

La niña, trémula de emoción, acercó timidamente una silla á la chimenea, se puso de pie en el asiento y empinándose

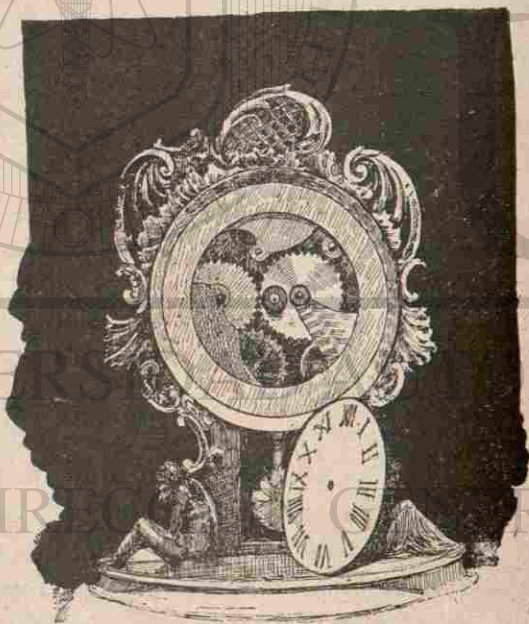
tomó el reloj con vacilantes manos, sin que la péndola cesara de exclamar tic tac con su lengüeta... ¡Qué bicho tan sereno!— pensó la muchachita... No tiene miedo de que lo cojan. La criatura no cabía en su pellejo de alegría... ¡Iba á ver por fin, lo que producía aquel continuo soniquete!... Con exquisito cuidado, sin levantar en vilo el mueble para que no se cayera, lo ladeó y... ¡Dios mío!... La parte posterior no contaba con tapa alguna, la maquinaria se hallaba al descubierto...

¡Qué bicho tan raro! Todo se le volvían brazos, patas y dientes... ¡Digo!— Y esas cosas redondas serían las costillas... Como bonito, era muy bonito, dorado... ¡Y parece fuerte!... ¡Para no cansarse nunca de golpear!... Pero ¿dónde se hallaba engarzado el cuerpo de la alimaña?... ¡Ah, sí, sí!... Aquí... ¡Ea!... ¡Ahora iba á satisfacer su capricho!... Y con dedos inquietos desenganchó la péndola.

Como era natural, en el acto dejó de moverse y la niña, asustada de lo que había hecho, tornó á coger la péndola, pero sin duda no la prendió en su sitio y el demonio de la varita permaneció rígida, inmóvil... ¡Dios santo!... La criatura agitó el mueble... Nada, la péndola se torció á un

lado, se inclinó á otro, mas no sonó y se quedó de nuevo parada... Entonces la muchachita, sin acordarse del regaño que la esperaba, sintiendo de buena fe una aflicción profunda, se bajó de la silla y escapó hacia el pasillo, gritando con lágrimas en los párpados:

— Mamá, mamá... Se ha muerto el bicho del reloj!...



Los mostachos del Santo

¿QUÉ cuadro era urgentísimo, corría mucha prisa; la función del pueblo se celebraba el domingo próximo, estábamos á miércoles, faltaban los últimos toques y en el viaje á la villa no se echarían menos de treinta horas... El bueno del pintor no se daba con tal motivo punto de reposo; vivía en el estudio; apenas el sol asomaba sentábase en el caballete; no interrumpía el trabajo más que para comer y el anocheado le sorprendía siempre con el pincel en una mano y la paleta en la otra... en fin, esperaba acabarlo á tiempo...

Y como salirle, le habia salido la obra á maravilla. El lienzo representaba un blanco y sonrosado Bautista, de cara redonda y lampiña, sin asomo de barba, con ese aterciopelamiento de cutis de la adolescen-

cia que recuerda la piel sedosa del melocotón; vestía un zurrón de pieles y á su lado se distinguía un simpático corderillo bebiendo en un arroyo... El artista hallábase satisfecho de su trabajo y seguro de que el dulce San Juan haría un gran efecto colocado en el retablo del altar mayor y bañado por el resplandor tibio y suave de la cera de las gradillas.

Aquella mañana de la vispera, el pintor, terminada su tarea, se dispuso á arreglar lo necesario para el envío del cuadro; estaba citado con el carpintero á fin de escoger el embalaje; tomó, pues, el sombrero y se marchó, y apenas había llegado á la calle, ya estaba en el estudio el angelillo que endulzaba la existencia del artista, resarciéndole con sus monadas y su atractivo de flor naciente de la soledad en que su propio nacimiento tenía sumido á su padre; la niña apenas rayaría en los siete años y según los amigos, resultaba el exacto retrato de su madre, pasada á mejor vida al darle á ella la suya; los mismos ojos inquietos, el mismo cabello rubio, la misma expresión revoltosa y maliciosilla en el semblante; todo exactamente igual aunque en pequeño; con carácter tan pronto y resuelto y criada sola la pequeñuela, pare-

cia un diablillo; se metía en cuanto se hablaba; no distinguía cosa que no apeteciera y cogía los grandes berrinches si su padre le llevaba la contra ó la reprendía; y no es que escondiera un mal corazón ó que albergara en él depravados sentimientos, sino sencillamente que le faltaba la tutela materna, esa tierna piedad de la madre que arranca del alma las yerbecillas nocivas, y en cada beso inculca un poco de docilidad y rectitud.

Hallándose su padre en el estudio, la niña entraba en la pieza de trabajo, tomaba un lápiz y borroneaba en el papel; cansábase, sin embargo, pronto de la operación y entonces no dejaba titere con cabeza, revolviéndolo y trastocándolo todo y no estropeando algo gracias á la vigilancia del pintor que no la perdía de vista un momento. Con semejante precedente, aleccionado por la experiencia, cuando el artista veíase obligado á salir á la calle se llevaba en el bolsillo la llave de la habitación, único medio de que la revoltosa criatura no se colase en seguida á hacer de las suyas. Aquella mañana con las prisas olvidósele sin duda, al pintor, cerrar la puerta, la niña se enteró á escape de tan alagüeña circunstancia y en el acto que la descu-

brió, callandito para que las criadas no la oyeran, levantó el pestillo y se metió en el estudio.

La casualidad la puso delante del San Juan, y maquinalmente contempló la dulce figura del Bautista; de repente una idea diabólica cruzó por su magin incapaz de comprender el daño que hacía; tomó un pincel, lo mojó con negro de humo; se aproximó á la tela; pasó por ella el pincel con exquisito cuidado dejándole grandes pegotones de color al santo y... cuando volvió el artista á su casa se encontró al San Juan que tenia que empaquetar en seguida, con un par de bigotes tremendos que dejaban atrás los mostachos cerdosos de un sargento de dragones.



El Ángel de la Guarda



brió, callandito para que las criadas no la oyeran, levantó el pestillo y se metió en el estudio.

La casualidad la puso delante del San Juan, y maquinalmente contempló la dulce figura del Bautista; de repente una idea diabólica cruzó por su magin incapaz de comprender el daño que hacía; tomó un pincel, lo mojó con negro de humo; se aproximó á la tela; pasó por ella el pincel con exquisito cuidado dejándole grandes pegotones de color al santo y... cuando volvió el artista á su casa se encontró al San Juan que tenia que empaquetar en seguida, con un par de bigotes tremendos que dejaban atrás los mostachos cerdosos de un sargento de dragones.



El Ángel de la Guarda



A Dolores Cortés

NADA, la casa no despedía el rumor más leve; parecía deshabitada. Jesusilla, con sus cinco sentidos en las orejas, en camisa, revuelta la pelambre, hollando la almohada con el codo y apoyando su preciosa cabeza en la palma de la mano estuvo un buen rato oyendo el silencio sin advertir ni el zumbido de una mosca; luego se acabó de incorporar en la cama y por fin, de un embite se puso de pie sobre los colchones, como si fuera á tender las alas y se tiró al suelo...

Vaya... ¡Lo que es de aquella noche no pasaba el conocer el Angel de la Guarda, que su madre decía que llega á la cama de los niños cuando se acuestan para velarles el sueño!... Tenía muchas ganas de saber como era, por más que por las estampas del libro de misa ya recordaba ella de los ángeles, unos jovencitos, altos, muy guapos,

muy sonrosados y muy rubios... Perfectamente... Pero eso no bastaba... Quería verle, hablarle, darle las gracias por su bondad...

Jesusilla, andando de puntillas, con los piés desnudos para no mover ruido, se acercó á la entornada puerta de la alcoba, apoyó en la hoja el oído y se puso á escuchar... En la habitación se colaba por la rendija de la entrada el débil rayo de luz de una lamparilla que se quedaba luciendo en el pasillo.

Un rato permaneció la niña en actitud vigilante, alerta al más leve ruido, extrañándose de la tardanza del Angel de la Guarda... ¡Miren que descubrimiento!... También los ángeles se retrasaban en asistir á su obligación... Porque al suyo no le constaba si ella hallábase ó no metidita en su cama y roncando, y de haber cogido el sueño hubiera dormido sin ángel á la cabecera... Y nada... dieron las nueve y las nueve y media y el bondadoso amiguito de las alas no llegaba... y el caso era que se iba quedando fría y que los párpados se le cerraban sin que lo pudiera impedir... Hombre!... Tendría gracia que después del plantón se acostara sin verle!...

En estas una sombra cortó el rayo de luz que penetraba en la alcoba y se sintieron

pasos apagados y suaves... ¡Dios mío!... ¡El Angel de la Guarda!... De pronto le entró á Jesusilla un miedo grande de que el ángel la sorprendiera en camisita, escuchando; de un brinco retrocedió hasta la cama; alzó el cobertor apresuradamente; se zampó bajo las sábanas y cerrando los ojos fingió dormir entreabriendo los párpados un poquito.

Jesusilla se dispuso á ver entrar el ángel... Ella se figuraba que lo primero que aparecería en el cuarto sería un resplandor intenso... Los ángeles andan todos rodeados de luz... Después, recordando las estampas del devocionario, se imaginó un mancebo sonriente, blondo, con grandes alas, vestido con una túnica color de rosa, que andaría como si no fijara los pies en el suelo... Las pisadas se hicieron más recias... El ángel se acercaba... El ángel empujó la puerta...

Pero en vez de distinguir un jovencito rubio y blanco, Jesusilla vió entrar á su madre, que como de costumbre antes de recogerse, recorría cama por cama todas las de sus hijos, inspeccionando si dormían, si disfrutaban de buen sueño, si les ocurría algo... La madre de la niña se acercó á ella, la contempló atentamente, permaneció un

instante mirándola y por fin la besó en la frente con suprema suavidad, para que no despertase; luego se marchó...

Jesusilla abrió entonces los ojos, y sin levantarse continuó escuchando... ¡Pues no venía el ángel!... ¡No se oía nada!... Ahora no se atrevió á levantarse... ¡Estaba tan calentita!... Así, aguardando, persuadida de que se hallaría despierta al llegar el Angel le sorprendió el sueño, cerrándole los párpados blandamente.

II

¡Pues señor, no vi entrar al ángel!... pensó Jesusilla en cuanto se despertó á la mañana siguiente. Apenas la vistieron, contrariada y pensativa, fué á buscar á su abuelita, le contó sus dudas, le refirió lo que le había acontecido y le preguntó con gran extrañeza:

—No dicen que cuando un niño se acuesta viene el Angel de la Guarda á su alcoba?...

La abuelita no contestó al pronto; pero se sobrepuso á su sorpresa y replicó sonriéndose:

—Es que los niños no pueden conocer al ángel de su guarda sino cuando se van al

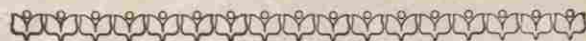
cielo y los coge con sus brazos para llevarselos... Además, tú no sabes que le has visto anoche...

— ¡Qué le he visto?... exclamó Jesusilla con asombro.

— Si tal!... Y te ha dado un beso... ¡El Ángel de la Guarda de los niños va siempre dentro de su madre!...

Y la abuelita no añadió más detalles, con lo que la muchacha murmuró sin volver de su asombro.

— ¡Quién se lo había de figurar!...



El juego del Cirto

A MI PRECIOSO Y MALOGRADO SOBRINO EMILIO BUTLER, QUIEN
NO PODRÁ YA LEER ESTE CUENTO PORQUE VOLÓ
PARA NO VOLVER MÁS

CUAN cuanto abrió aquella mañana los ojos Emilín y sacudió la modorra del sueño estirando los bracitos y restregándose los párpados, se acordó de la función de la víspera y se echó á reír con una risa prolongada y bulliciosa de gorgojo de ruiseñor. ¡Vaya unas hofetadas! Si parecía que estaba viendo aún aquellos hombres de goma de pelota, que se doblaban por mitad del cuerpo y se subían mutuamente sobre los hombros, con un tupé de estopa por pelambre y la cara cubierta de harina, como los albañiles, darse de cachetes y tirarse por el suelo á moquetazo limpio! ¡Pero se harían daño! ¡Eso mamá lo sabría!— ¡Mamá!... Y apenas su madre, atraída por los gritos,

entró en la alcoba para vestir al niño, se le arrojó Emilio al cuello, la abrumó de besos, y mientras le ponían la ropa se lió de palique y comenzó á descargar sobre su madre un aguacero de preguntas.— ¡Mamá! ¿Y cómo enseñan á los caballos, mamá? ¿Y cómo se tienen los de los trapecios?... ¿Y se hacen daño los que se pegan? ¡Ah! ¡De modo que se cascan de mentirigillas! ¡Ya se lo calaba él, en vista de que no lloraban!... Y en estas acabó su madre de ayiarle, le puso el delantal y Emilin se salió del dormitorio al gabinete, mientras la buena señora se encaminaba á la cocina á arreglar á los pequeños el chocolate.

Eladita, la hermana de Emilin, encontrábase aposentada ya en su silla de gutapercha, y en espera del desayuno jugaba con dos ó tres muñequitos descabezados que tenía en la caja del cierre de su butaquita; al ver al niño la mocosuela agitó los brazos con alborozo y quiso levantarse de su asiento; Emilin, corriendo á ella para que no se cayera con juguetes y todo, le dió un beso en los carrillos que resplandeció como si se acariciasen dos rayos de luz, y se acomodó á su lado en una banqueta.

De pronto fijóse Emilin en el tocador de

su madre; clavó sus miradas en la tabla de mármol del mueble, obstruída por multitud de frasquitos, platillos y jaboneras alineados en torno á una monumental jofaina de loza blanca; reparó en la polvera japonesa, y brotando en la mente del niño el chispazo de una idea propia de sus cuatro abriles, se levantó de la banqueta, empuñándose sobre una silla cogió la polvera de laca, se bajó, empapó la borla en el lecho de arroz molido de la cajita y luego, acercándose á su hermana, empezó á restregarle el rostro con el borlón henchido de harina y le puso la cara como si se la hubieran enjalbegado con yeso. Después volvió á llenar de polvos el plumerejo, y mirándose, empinado sobre las puntas de los pies, en la luna inclinada del lavabo, el mismo Emilin se embadurnó las facciones hasta quedar convertido en un molinero.

Ea, ya tenían la cara como los hombres del circo. ¡Ajaja! Ahora á jugar á pegarse. Eladita no quitaba ojo al niño, atisbándole con atención y con el rostro hecho una pared, sin protestar del blanqueo por provenir del hermanito. Aviados ya, se remangó hasta el codo Emilin, y gritando con agudos chillidos, como berreaban los señores de pelota de goma, arremetió contra Ela-

dita, y saltando delante de ella, y fingiendo que la huía, y volviéndose para saludar á la cómoda del rincón y la puerta de la sala, empezó á sacudirle á la tierna criatura una cachetina tremenda.

Eladita sufrió al principio los golpes sin chistar y sonriéndose, palmoteando contagiada por el bullicio del hermano; luego debió de dolerle alguno de los pescozones que le llovían sobre la cara; se puso seria; en su hociquillo se asomó un pucherete y se vislumbraron dos lágrimas en sus ojos; y al fin, abrumada por el sopapeo, se echó á llorar desconsoladamente, balbuceando con su media lengua:

—¡Pupa! ¡Pupa! á tiempo que la madre apareció por la puerta del dormitorio, andando á pasitos cortos, para no derramar el agua de las copas que con el chocolate y los buñuelos traía en una bandeja.

La madre vió en el acto las caras de molinero de sus hijos; reparó en la polvera caída en el suelo; sorprendió á Emilín zurrándole la badana á su hermanita, y dejando el desayuno sobre la cómoda corrió á la silla de la niña, que le alargó las manitas como pidiéndole auxilio; apartó al travieso mocete, gritándole iracunda, á la vez que le empujaba á un rincón del gabi-

nete, y tomó en sus brazos á la pobre Eladita, mientras el chico, impasible y sereno, se alejaba hacia la alcoba, murmurando con aire de lástima:

—¡Qué tonta!... ¡No sabe jugar al cirto!...





El rayo de sol

QUÉL rayo de sol espléndido y dorado era la única nota alegre del alto calabozo: todas las mañanas, muy tempranito, apenas la aurora alboreaba en su horizonte, se colaba por entre los hierros de la ventana, dando á los barrotes un matiz cobrizo, y reventando de alegría y de luz, iba á la humilde cama del preso á despertarle; él, el rayo piadoso, era la sola *persona* que entraba en la olvidada estancia del infeliz delincuente, y ambos eran muy amigos; el preso quería mucho al rayo de sol, le ha-

blaba, le dirigía frases de cariño, le cogía su polvo luminoso con las manos, le acariciaba, buscaba en los terribles días del invierno, en que el aliento se le helaba en el húmedo encierro, su calorcillo agradable, y el rayo á su vez se *sentía* influido por semejante amor y halagado por la gratitud del pobre hombre al que la sociedad abandonaba condenándole al aislamiento y al abandono.

El rayo de sol se preguntaba muchas veces cuál sería el delito del preso; como él se pasaba los días en el calabozo, acompañándole, asistía á las luchas tremendas de aquel hombre y á sus calmas y reposos; á veces el solitario se dejaba arrebatado por la desesperación, se le encendía el semblante, paseaba dando fuertes patadas en el piso, recorriendo el cuarto, con los puños cerrados, mesándose los cabellos, maldiciendo horriblemente, mirando al Cielo con airados ojos como increpándole; en otras ocasiones se pasaba las horas muertas sentado en su banqueta con los codos apoyados en las rodillas y la cabeza sobre las manos, la vista clavada en el suelo, entregado á sus pensamientos hondos, sin hacer caso de nada, ni aún de su rayo de sol, en quien tanta confianza tenía.

Por lo general, el preso recibía al carcelero agriamente, el desdichado comía poco; en cambio, bebía mucho, señal de fiebre; cuando el rayo de sol iba á media mañana al cántaro á entibiar el agua, ya se lo encontraba vacío hasta casi la mitad. De cuando en cuando el preso escribía algo con un alfiler en el yeso del tabique ó en la tabla de la mesa, que luego besaba; sin duda era algún nombre querido; el semblante del solitario inquilino del calabozo hablaba en su favor con harta elocuencia; en su rostro pálido, en sus pupilas serenas, en su frente despejada, en su persona toda, henchida de nobleza, se reflejaba un resplandor grande de honradez y bondad; aquel joven pensativo, de barba negra, de finas manos, que echaba migas de pan á las aves demostrando así su ternura de sentimientos, no podía ser un ladrón ni un asesino vulgar; indudablemente se trataba de algún preso político.

Un día que entoldaron las nubes el horizonte, cuando el rayo de sol llegó al calabozo, no estaba el preso en él; sin duda se hallaba en la vista de la causa; por fin se acordaban de que existía; cuando el infeliz tornó á su prisión, se echó en la cama, y allí permaneció inmóvil convertido en

una estatua yacente. ¡Qué sueño tan singular! ¡Cualquiera diría que un abatimiento enorme le abrumaba! ¡Y ahora que sin duda ninguna se resolvería en seguida su libertad! El lo sentía de veras, porque acaso no volviera á ver más á su melancólico amigo; pero se alegraba de que al cabo volara para siempre de su encierro sombrío. Así como así, ya le buscaría por esos mundos hasta encontrarle de nuevo. Aquel anochecer se retiró el rayo de sol muy complacido. A la mañana siguiente el preso tampoco se hallaba en su cuarto; en vano le esperó el rayo de sol; no apareció en todo el día. ¡Ea! Ya estaba libre. ¡Pobre joven! ¡Gracias á Dios!

Pero el rayo ignoraba que su amigo el pobre preso había sido condenado á varios años de prisión y trasladado á otra cárcel, hundiéndolo en un calabozo de un patio á donde jamás bajaba el compasivo sol.



La rama caída

NADA, no podía; por más que hacía esfuerzos heroicos para auparse y sacar del agua su penacho de hojas verdes de la punta, allí continuaba caída en la orilla, desgajada y mustia la pobre rama; sintiéndose desgarrar poco á poco y desprenderse del tronco, vencida por su propio peso y arrebatada por aquella corriente del río que la sacudía sin cesar. A cada momento creía hundirse para siempre en las ondas, y comprendía que en fuerza de vapulearla los remolinos, acabarían por arrancarla del todo.

¡Y considerar que en tanto sus compañeras del árbol desplegaban su pomposa fronda verde, sin acordarse de aquella pobre rama caída! Todas, todas las que se agrupaban en la copa entrelazándose y formando una red, todas las que se erguían

frescas y espléndidas, fueron un día camaradas y se juraron amistad eterna, en la edad dichosa de la juventud y la abnegación. ¡Qué desgraciada se sentía!. Sus hermanas de árbol tenían ya sus hojas nuevas, sus ramas púberes, su olor de Abril, sus nidos atestados de crías, y mientras, la desdichada, partida por la desventura, desangrándose, perdiendo su savia, se bamboleaba batida por el golpeteo continuo del curso del arroyuelo.

Nada; y sus hermanas de copa no se acordaban de ella ni poco ni mucho, como si no hubiera existido nunca, cuando precisamente lo que debieran de haber hecho era inclinarse hasta recoger la rama caída y levantarla, para que se curase sobre el musgo de la orilla ó entre la fronda de las demás, sobre que no les costaba mucho el trabajo de agacharse y tender una mano á la desvalida.

Así, pudriéndose, reblandecida por la humedad permaneció Dios sabe el tiempo la rama, bailando una danza eterna, gimiendo sin encontrar eco á su pena, sin esperanza, sin que los insectos acuáticos se dignasen parar mientes en ella, y sin que los renacuajos la tomaran de puente por su falta de estabilidad y fijeza.

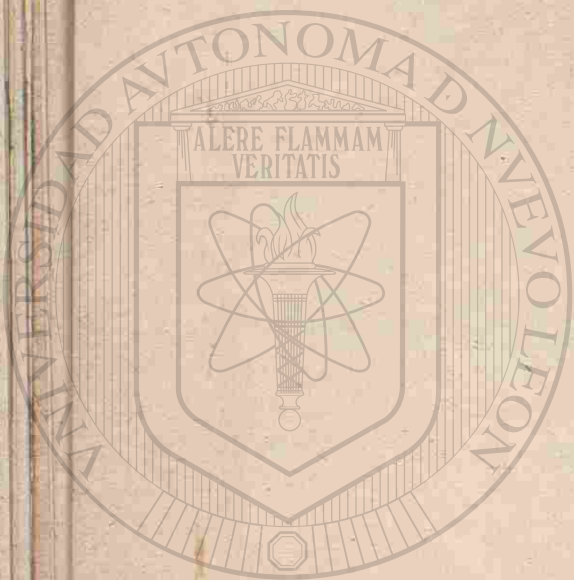
Un día el riachuelo se creció; llevóse lloviendo más de cuarenta horas, y cuando la rama quiso ponerse en guardia, se encontró hundida en el remolino de la avenida que venía rugiendo, sucia, turbulenta, precedida de un tropel de hojas secas, de papeles, de palitroquitos, de espuma blanca. Aquello no era ya el agua transparente, cristalina, humilde, que se contentaba con besar mansamente sus hojitas mustias y su tallo endeble; aquello era el aluvión que destruye cuanto encuentra por delante, la crecida impetuosa que se desborda y devasta todo lo que halla al paso, desgajándolo como si lo cercenara con una cuchilla...

La rama no estaba prevenida; la sorpresa la dejó aterrada, indefensa, sin voz; trémula de espanto, quiso resistirse, apartarse, huir; se sintió cogida por el oleaje, arrastrada por la corriente; entonces comenzó á pedir socorro llamando á sus antiguas compañeras de árbol, sin que se oyeran sus gritos ahogados por el rumor del agua, y por fin, sacudida atrozmente, y arrancada de pronto por un golpe del aluvión, rodó al río, que se la llevó hacia abajo, para no devolverla jamás.

ÍNDICE

	Págs.
La tirria del Tribunal.	1
La ropa de la lluvia.	11
La asonada.	15
Calma.	19
La tinta del Maestro.	23
Camino del Cielo.	27
Bajo el canalón.	35
La Mariposa.	41
Las Gayombas.	46
Graduandos de melón.—(Apuntes de un mal estudiante).	52
El Tío Tragagentes.	59
Flores de nieve.	72
El lavatorio de la muñeca.	82
La Caballada.	88
El mejor regalo.	95
¡El maldito mapa!	102
El Perro negro y el Faldero blanco.	106
La pesadilla del Nacimiento.	112
El año viejo.	118
La apuesta.	123
El cocinero enamorado.	128
La descarga de nieve.	134
El bicho del reloj	138
Los mostachos del Santo.	145
El Ángel de la Guarda.	149
El Juego del Cirto.	155
El rayo de sol.	160
La rama caída	164





BIBLIOTECA PÚBLICA

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Biblioteca Moderna



ANTONIO J. BASTIEN
EDITOR